



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALAR BENET

MISION SECRETA

ALAR BENET

MISION SECRETA

**1.ª EDICIÓN
AGOSTO 1954**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.,
BARCELONA — BUENOS AIRES**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

316 — El triángulo de la muerte. 324 — Pasado
de sangre. 329 — Muerte en las Rocosas.

En Colección BUFALO:

25 — La sombra de la cuerda. 39 — Saloon City.

En Colección SERVICIO SECRETO:

147 — Lucha en la sombra. 150 — Burlando la
muerte. 169 — Un cadáver tras sus huellas. 171
— La ciudad maldita. 174 — Trágica herencia.
177 — Asesinato en el Waldorf. 181 — El cri-
minal nunca escapa. 187 — El inspector fantas-
ma. 194 — Con la muerte a la espalda. 196 —
Vacaciones de sangre.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Misión SECRETA

por ALAR BENET



CAPÍTULO PRIMERO

RIVALIDAD

—John... John —como no obtuviera respuesta del hombre que pasaba, a pocos pasos de distancia, el comandante Tiller llamó autoritario—: ¡Sargento!

El aludido, cuadrándose con rigidez, dio vista a su jefe.

—A la orden, señor.

—Sígame.

El suboficial situóse a la izquierda del que le hablaba, algo retrasado, guardando la distancia reglamentaria. Algunos soldados cuchichearon al verles atravesar la explanada central del campamento de Belmont, al sur de la Gran Cuenca Cerrada y al norte del Desierto Ralston, en Nevada. Nadie ignoraba la rivalidad que existía entre los dos hombres, ligados por el lazo indisoluble de la sangre.

La tienda de Andrew Tiller, comandante del grupo de infantería, era amplía y estaba dividida en dos compartimientos, uno destinado a dormitorio y el otro a despacho. Sobre la mesa de trabajo había planos y carpetas. Andrew, acomodándose en una de las sillas plegables, con un gesto de cordialidad y tristeza señaló otra al que le acompañaba.

—Siéntate, John.

—Estoy bien así.

El comandante sonrió con afecto.

—No seas terco. Es absurdo que adoptes tal actitud. Acabas de salir de guardia, y no te vendrá mal un rato de descanso. ¿Quieres un trago?

—Gracias. No tengo sed.

El sargento permaneció erguido, cual si no reparase en la

cordialidad de su interlocutor. Andrew, afable, dijo:

—No te he llamado para asuntos de servicio. He recibido carta de nuestro padre. Supuse que te gustaría leerla. En ella me comunica una agradable noticia. Elena acaba de tener un niño —la voz del comandante vibraba de gozo—. ¿Qué te sucede?

John Tillar crispó los puños. Por un segundo pareció que iba a responder algo pero no lo hizo, obstinándose en un silencio hosco. En la tienda de campaña entraba la luz difusa del amanecer, envolviéndolo todo en un color rosáceo. La pausa fue tan larga que Andrew, molesto por vez primera, reprochó al que más que un hombre parecía una estatua, a juzgar por su inmovilidad:

—¿Quieres decirme de una vez qué te pasa? Aunque desde un tiempo a esta parte parece haberlo olvidado, somos hermanos. Yo, al menos, me esfuerzo por que lo comprendas así. Nuestros camaradas murmuran al vernos tan distanciados. Deseo saber en qué te he ofendido para pedirte que me disculpes.

El rostro de John continuaba impassible. No obstante, en su respuesta había un sarcasmo que no pasó inadvertido para Andrew.

—Le agradezco sus atenciones, señor. Debió advertirme que me llamaba para asuntos particulares. El Código Militar no indica que un hombre deba perturbar su descanso a causa de los problemas sentimentales de sus jefes. Si nuestro padre tiene que comunicarme algo, puede hacerlo sin enojosos intermediarios. ¿Manda algo relacionado con el servicio?

Andrew Tiller, perdida la paciencia, con más pena que ira, se incorporó.

—Te ha enviado cinco cartas sin merecer una respuesta.

De nuevo la ironía presidió la réplica de John.

—Considero grave falta mantener correspondencia con un teniente general.

—Di mejor con tu padre.

—Las cartas llevaban el membrete del Estado Mayor e iban escritas a máquina.

El comandante, en un último esfuerzo para obtener éxito en aquella entrevista, esforzose en dominar la indignación que la frialdad de su hermano le producía.

—Sabes que apenas si dispone de tiempo. El ejército absorbe todas sus horas. Toma mi carta. Verás que en nada se diferencia a

las recibidas por ti.

Entregó a John una cuartilla mecanografiada, que el sargento tuvo entre sus manos sin mostrar interés por leerlo. En sus labios apareció una sonrisa indescifrable.

—Es cuestión de apreciaciones. Tengo sueño. Cumpliendo sus órdenes he recorrido los puestos cada treinta minutos. El oficial de guardia confirmará mis palabras.

Depositó la carta sobre la mesa. Andrew, pasándose una mano por los ojos en ademán fatigado, repuso:

—No lo necesito. Sé que eres el mejor de mis hombres. John, por última vez, ¿quieres olvidarte de los galones? Nunca nos llevamos bien, pero tengo la conciencia tranquila. Hice lo posible por atraerte. Insisto en que somos hermanos.

—Una lástima. Los hermanos no se eligen; los amigos sí. Yo prefiero a mis amigos. ¿Algo más?

Andrew acercóse a John. Su semblante, de líneas acusadas, denotaba una gravedad impropia de su juventud. Tenía veintiséis años, y sus ascensos se debieron a una acción heroica, a extraordinaria capacidad para el estudio, y a la competencia demostrada en cuantas misiones se le encomendaron. Era el polo opuesto a John, dos años menor que él.

—Me están entrando ganas de darte una paliza.

—¿Por qué no me degradas? A la patria se la sirve de igual modo con mando o sin él. Tal vez así consiguiera el traslado. Cursé cuatro peticiones. ¿Qué hiciste con ellas?

—Echarlas al cesto de los papeles.

—Lo imaginaba. Deseas seguir teniéndome a tus órdenes, humillarme con las bondades, ser siempre superior a mí. ¡Eres un cobarde!

—¡John!

—¿No querías que te hablase como a un hermano? Pues ya lo has conseguido. En todas partes fuiste el primero. Mamá, que esperaba una niña, según ella misma dijo, me acogió con gozo, sí, pero también con un íntimo descontento. Ella no ignoraba que era una enferma, y tenía la sospecha de que iba a morir joven. De pequeño escuché un diálogo que me hirió en lo más íntimo. Nuestro padre se lamentaba con un amigo de haber tenido dos hijos varones en vez de una chica que le recordase a su esposa, para no sentirse

tan solo. Nunca olvidaré sus palabras. «Tuve un verdadero disgusto cuando me comunicaron la noticia de que mi segundo hijo era varón». Sé que esto sucede a menudo, y que no merma el cariño de los padres. Sin embargo, comencé a sentirme como un intruso en la familia. Llegada la hora de estudiar, todos afirmaban que valías más que yo. Para ti fueron las notas brillantes, los premios de fin de curso, los elogios. Para mí las censuras, los reproches. Tú ingresaste en la Academia con el número uno, que no abandonaste hasta tu nombramiento de oficial. Yo hube de quedarme en sargento. Iba a pedir la separación del Ejército, y estalló la guerra. Papá se opuso a que me licenciaran. Por aquel entonces fuiste destinado a la base de Buffalo. Una semana después se prendió luego al polvorín y, con grave riesgo de tu vida, evitaste una catástrofe. Se te mencionó en la orden del día, y te ascendieron.

John guardó silencio. Los labios le temblaban ante el recuerdo.

—Yo estaba en casa —continuó—. ¡Qué orgullo el de nuestro padre! A todos les contó la historia. No tuvo la delicadeza de no hacerlo en mi presencia. Después conocimos a Elena y...

—¿Qué tiene que ver ella con nosotros? —inquirió Andrew, con asombro.

—No me imagines tan necio como para no suponer que estás enterado. La pretendí antes que tú, pero ella se casó con el héroe.

Había tanto desprecio en las palabras de John Tiller, que Andrew, perdida la paciencia, atajó:

—¡No sigas utilizando ese lenguaje! ¡Te lo prohíbo!

—¿Como jefe?

—¡Como hombre! Voy empezando a conocerte. Eres un resentido, un...

—Sigue —apremió John, con acritud—. ¿Un envidioso? Yo diría mejor un segundón, un hombre oscurecido por tu fama, recibiendo siempre lo que tú no deseabas. ¡Ya estoy harto! Te protege papá. ¿A quién, si no a él, debes tu segundo ascenso? ¿Vas a negarlo?

Andrew Tiller, dueño ya de sus nervios, sintiendo lástima de su hermano, contestó:

—¿No te preguntaste nunca qué se pretende en este campamento? ¿No te extraña que los cincuenta hombres que lo integran se adiestren en el manejo de toda clase de explosivos y, en particular, de aquellos que son más aptos para emplearse en

sabotajes? Tus compañeros son voluntarios, y fueron elegidos por el Alto Estado Mayor. ¿Supones para qué?

—Papá habrá inventado algo para ascenderte a teniente coronel. ¡Los dos tenéis mucha imaginación!

Andrew volvió a sentarse, y extrajo del bolsillo derecho de su guerrera un paquete de cigarrillos. No deseando una nueva negativa de su hermano, no le ofreció.

—Te equivocas. Ya es hora de que sepas a qué hemos venido aquí. —Hizo una pausa, quizá para ordenar sus ideas—. La «Office of Strategical Services» necesita gente nueva a quién no conozcan los miembros de los Servicios Secretos extranjeros. La situación internacional...

John bostezó ostensiblemente.

—¿Es necesario que sepa lo que vas a contarme? Me aburre la política. Si quieres pronunciar un discurso, llama a cualquiera de los muchachos. ¡Todos admiran a su comandante! Claro que también influye tu parentesco con uno de los generales de mayor prestigio. Quizá esperan que les ayudes.

Cuadrándose dio media vuelta, y se dispuso a salir de la tienda de campaña. Andrew, encolerizado, le llamó:

—¡Sargento! No le autoricé para que se marchara.

Chispearon de ira los ojos de John Tiller, pero con su característica frialdad encaróse con su superior. Sus facciones inexpresivas parecían talladas en madera.

—A la orden.

El comandante miró fijamente a su hermano.

—Retírese. Le llamaré si le necesito.

Salió el sargento, y Andrew, poniéndose en pie, le vio alejarse. En su rostro dibujóse una mueca amarga. Quería a su hermano, admirando su carácter altivo, su independencia. Por si ello no bastara, prometió a su madre en el lecho de muerte cuidar siempre de él.

Tiller, que había estado toda la noche estudiando los planos que le fueron remitidos por la

«O. S. S.»,

pasó su mano derecha por la frente. El almirante Donovan, jefe del Servicio Secreto americano, a quién sus subordinados denominaban familiarmente «Wild Bull», exigía demasiado. Al observar a los

grupos de soldados que esperaban el comienzo de las diarias ocupaciones, le invadió un sentimiento de congoja. ¡Cuántos de aquellos hombres no volverían a su patria, una vez iniciada la misión que iban a desarrollar en territorio hostil, quizá enemigo dentro de pocas fechas! La guerra asolaba los campos de Europa y de parte de Asia. Los Estados Unidos no podrían continuar al margen de los acontecimientos bélicos.

Un ordenanza fue a llevarle el desayuno, que comió con singular apetito. Después, ciñéndose el cinturón con el revólver, que se hallaba sobre una silla de campaña, encaminóse al cuerpo de guardia, donde había citado para aquella hora al capitán Charles Greeve y a los tenientes Romny Polegate y Denis Munn, quienes le recibieron con gesto amable y palabras de una familiaridad no exenta de respeto.

—Buenos días, señores. Tengo grandes noticias que comunicarles. Pasado mañana levantaremos el campamento para dar comienzo a lo que todos esperamos. ¿Traen la lista de los hombres más capaces para nuestra empresa?

—Sí —repuso el capitán Charles Greeve—. Romny y Denis están conformes con los elegidos. Aquí la tiene.

Entregó a su superior una relación. Andrew Tiller alegróse al leer el nombre de su hermano.

—Supongo que al incluir al sargento John se habrán olvidado del parentesco que nos une.

—Desde luego —contestó el capitán Greeve—. Es un buen soldado.

—Lo sé. Figurará en su grupo. Ocúpese, Polegate, de que los no necesarios abandonen el campamento antes de las doce de hoy. No quiero exponerme a posibles indiscreciones. Durante la comida charlaremos de lo que interesa. Hasta esa hora me gustaría examinar los expedientes. Les espero en mi tienda dentro de una hora. Ya no habrá más ejercicios. Comprueben si la vigilancia en torno al campamento se realiza debidamente, y releven la guardia procurando que los que han de marchar a Belmont queden libres de servicio.

Dadas tales órdenes, Tiller caminó hasta separarse del campamento. Deseaba meditar a solas.

El sol, en un cielo limpio de nubes, iluminaba las lejanas

montañas, imprimiendo a los elevados picachos de la ladera de Sierra Nevada un vivo colorido. La mañana era espléndida. Una leve brisa acariciaba la frente del militar, produciéndole una grata sensación de alivio.

¿Aceptaría John lo que iba a proponerle? Pensaba hacerlo en presencia de los tres oficiales para que no pudiera rehusar. Su hermano, en uno de sus raros caprichos, había aprendido el japonés, para lo cual su padre no tuvo inconveniente en contratar los servicios de un profesor nativo. Su concurso era imprescindible. Sus camaradas lo estimaban también así. De negarse no podía obligarle. «Sólo quiero voluntarios», le dijo el director de la «O. S. S.».

La orden era inapelable.

Andrew estaba seguro de que John sentiríase orgulloso de ser elegido para una aventura como la que iban a emprender. Si no aceptaba se debería únicamente al deseo de que su hermano no continuara mandándole.

Desde donde se hallaba, a unas doscientas yardas de las tiendas de campaña, Tiller dióse cuenta de que, en un mayor radio de acción, por si la vigilancia a cargo de los soldados no era suficiente, patrullaban hombres de paisano, sin duda miembros del Servicio Secreto.

Sentóse en un peñasco, encendiendo un nuevo cigarrillo. Mientras contemplaba las azuladas volutas de humo, recordó a Elena. ¿Por qué le ocultó las inclinaciones amorosas de John? Tal vez lo hizo ante el temor de una escena desagradable, algunas de las cuales, por diversos motivos, hubo de presenciar ella.

Le acongojó la idea de que quizá no obtuviera permiso para trasladarse a Nueva York, a fin de conocer al hijo que acababa de nacerle.

¡Un hijo! Necesitaba acostumbrarse a pensar en él. Hasta entonces no había sentido el gozo que comenzaba a invadirle, gozo al que substituyó la certeza del peligro inmediato. Si le era negada su petición, tal vez no viese nunca al pequeño...

Se puso en pie para emprender un largo paseo, a fin de serenar sus nervios y ordenar las ideas. Le inquietaba John. ¿Cómo abordarle?

Fue en vano que se esforzara en alejar las preocupaciones que le

invadían... Elena, el nacimiento del niño, su porvenir en el ejército... Nada contaba para él, obsesionado por lo que habría de decir a sus hombres.

Regresó despacio al campamento. Por vez primera iba a faltar a la puntualidad, norma de su vida. Cuando entró en su tienda, con diez minutos de retraso, el capitán Charles Greeve, los tenientes Romney Polegate, Denis Munn y el sargento John Tiller, que se hallaban sentados en torno a la mesa, incorporándose con respeto.

—Quiero que se olviden de la disciplina mientras dure nuestra conversación, a fin de que expongan sus opiniones con claridad. Necesito colaboradores más que subordinados.

Ofreció cigarrillos a los reunidos, y todos fumaron en silencio. Los oficiales eran conocedores de lo que se pretendía de ellos, aunque ignoraban los detalles. John, que poco antes no quiso escuchar las explicaciones de su hermano, sintió que la curiosidad comenzaba a invadirle. Él y el comandante eran los únicos que llevaban los revólveres de reglamento.

—Amigos —comenzó Andrew Tiller—. El motivo de esta reunión debe enorgullecernos, pero también llenarnos de inquietud. ¿Marcharon ya los no elegidos, teniente?

—Lo harán cuando usted lo ordene. Esperaba su vuelta —repuso Romney Polegate—. Pensé que quizá deseara despedirles.

—Hizo bien. Vamos.

En la tienda quedaron Charles, Denis y John, el cual preguntó:

—¿Quiénes son los que se van?

—Treinta hombres —contestó el capitán Greeve—. La

«O. S. S.»

necesita únicamente cinco grupos. ¿No le dijo nada su hermano?

El sargento adelantó la barbilla de forma ostensible, y sus facciones adquirieron extraordinaria rigidez.

—El comandante no me habla de sus problemas.

Greeve y Munn cambiaron un signo de inteligencia. Minutos antes habíanse preguntado si no fue un error la inclusión de John Tiller entre los seleccionados. Las cualidades no bastaban por sí solas. Era necesaria una absoluta penetración con el mando.

Oyóse en el exterior una salva de aplausos, seguida del ruido de varios motores. Poco después entraban Andrew y Romney.

De nuevo hubo una, larga pausa, rota por el comandante Tiller.

—Les parecerá absurdo lo que voy a decirles. Sin embargo es cierto. El único que no conoce el motivo de nuestra reunión es el sargento, y a él van estas palabras. El Servicio Secreto ha pedido al Alto Estado Mayor veinticuatro hombres valerosos, capaces del sacrificio y de la muerte. La mayoría se alistaron como voluntarios, otros fueron destinados por oficio. Cualquiera puede rehusar. No obstante, confío en que no suceda así. Hasta ayer no recibí los planos sobre las zonas del Japón en que debemos internarnos. Sobre la mesa procederemos a su examen. Todos dominamos un idioma, y ello se tuvo en cuenta. Hay pasaportes franceses, italianos y belgas. Sólo uno japonés.

Miró a su hermano que, indiferente, aplastaba la punta del cigarrillo con él tacón de una de sus botas.

—La guerra estallará también para nosotros. ¿Dentro de un mes, de una semana? Nadie lo sabe. Cuando suceda, es necesario que estemos en condiciones de facilitar informes al Ejército. Se tiene la sospecha de que una potencia extranjera ha conseguido obtener un duplicado de las fichas de quienes integran la «Office of Strategical Services» y la «Central Intelligence Agency». No existe certeza de tal hecho, pero todas las precauciones son pocas. Seremos los encargados de organizar el espionaje en el Japón. Esta noche recibiremos la visita del director de la

«O. S. S.»,

quien nos dará unos consejos. Después nos adiestraremos hasta que llegue el momento de actuar. ¿Alguna sugerencia? Se formarán cinco grupos de cuatro hombres, al mando de cada uno de los que estamos reunidos. El sargento John Tiller actuará en Tokio.

Andrew guardó un nuevo silencio. Nadie habló. Satisfecho de que su hermano no se mostrará contrario a secundarle, fue a continuar dando instrucciones. No pudo hacerlo. Los cinco militares escucharon el ruido de unas paletas al azotar el aire.

—Parecen helicópteros —dijo el capitán Greeve.

—Tal vez el almirante Donovan haya anticipado su visita —repuso Andrew Tiller.

El eco de las últimas palabras del comandante se mezcló con el de varios disparos. Las lonas laterales de la tienda de campaña fueron rasgadas por cuchillos, y seis hombres, portando metralletas, conminaron a los reunidos:

—¡Alcen los brazos!

Andrew fue el primero en reaccionar. Arrojándose al suelo, desenfundó el revólver, apretando el gatillo. Uno de los asaltantes cayó herido, mientras sus compañeros hacían tronar las armas. Los dos tenientes recibieron numerosos proyectiles en el pecho. Charles Greeve, junto a John Tiller, maldijo por no llevar consigo la pistola reglamentaria. El sargento disparó hasta agotar las balas, sin que ninguno de los enemigos acusara los impactos. Andrew, desde el suelo, en inverosímil postura, alcanzó en la cabeza a uno de los asaltantes. Al escuchar el sonido del percutor golpeando en el vacío, consideróse perdido.

Todo había sucedido en escasos segundos. Grande fue el asombro del mayor de los Tiller al observar que uno de los forajidos, encañonándole, le amenazaba:

—¡No me obligue a matarle! Alguien me pidió que respetara su vida.

El cañón de la metralleta le cubría, así como a Charles Greeve. Los restantes agresores se apoderaron de las carpetas y los planos, ayudando a salir al herido. Las paletas del autogiro continuaban escuchándose, y se percibían detonaciones aisladas. Una voz gritó desde el exterior:

—¡Venid ya!

El que amparaba la retirada de sus compañeros, miró a John Tiller:

—¡Sal delante! El jefe no quiere exponerse a que le delates. Cumplí el compromiso de no disparar contra tu hermano.

El rostro del sargento, lívido, denotó encontradas emociones. Repuso:

—No era eso lo...

—¡Sobran las palabras! Ya hablaremos más tarde en sitio seguro. ¡Vamos, o...!

La frase incompleta no dejaba lugar a dudas. El dedo índice del hombre se ciñó en torno al gatillo del arma automática. John, incorporándose, dirigióse a la salida de la tienda, siempre bajo la amenaza del desconocido. Andrew y Charles, que no daban crédito a lo que veían, se pusieron en pie para alcanzar el exterior, donde dos helicópteros comenzaban a elevarse.

Tiller y Greeve miraron en torno suyo, pudiendo ver a varios de

los soldados en tierra. Unos se levantaron; otros no podrían hacerlo jamás.

Los autogiros volaban rumbo al oeste, hacia Sierra Nevada. Los dos militares pudieron comprobar que las naves aéreas eran de un modelo semejante al utilizado por el Ejército de los Estados Unidos para el transporte de tropas.

En poco tiempo, Andrew y Charles fueron rodeados por los supervivientes del ataque y por algunos de los hombres de paisano que por orden de la

«O. S. S.»

montaron una ineficaz vigilancia. Todos hablaban a la vez, inquirendo noticias. Tiller, sin responder, volvióse al capitán.

—Veamos a nuestros camaradas.

Romny Polegate estaba muerto. Denis Munn esforzóse en sonreír.

—Lo mío carece de importancia. Persigan a esos...

No pudo continuar. Agotadas sus fuerzas, el oficial perdió el sentido. Andrew, temiendo por la vida de su subordinado, inclinóse sobre él. Su pulso latía, débil pero rítmico.

Manchándose los dedos de sangre, desabrochó la guerrera del teniente. Un proyectil había penetrado en la parte superior izquierda del pecho.

—Dos pulgadas más abajo y...

—Tiene otra herida en el hombro —dijo el capitán—. Debieron alcanzarle los últimos proyectiles de una ráfaga. Polegate no tuvo tanta suerte. Más de seis balas se alojaron en su cuerpo.

Los dos hombres, en pie, no se atrevieron a formular sus pensamientos en voz alta. El comandante fue el primero en romper el silencio.

—Mi hermano maneja las armas mejor que yo. Es inconcebible que sus disparos no alcanzaran a nadie.

—¿Inconcebible? —inquirió Charles Greeve—. Por desgracia está todo muy claro, demasiado claro.

Andrew Tiller inclinó la cabeza con pesadumbre. La conciencia de su responsabilidad le sacó de su abstracción.

—Salgamos. Ocúpese de que los sanitarios presten a Denis Munn los primeros auxilios hasta la llegada de un médico. Voy a telegrafiar a Belmont en tal sentido, y a Washington para dar el

parte.

El comandante abandonó la tienda de campaña, y separando con los brazos a quienes intentaban rodearle, se encaminó en busca del radiotelegrafista. Su dolor y su ira no tuvieron límites. Un cabo yacía de bruces sobre el aparato transmisor. Un negro orificio en la nuca revelaba que le dispararon apoyando la pistola en la cabeza.

Al ver varias pilas en el suelo, Andrew comprendió que sus enemigos no descuidaron detalle. Estaban aislados en el campamento. Era necesario enviar un enlace a Belmont. Mientras tanto, los dos autogiros habrían tenido tiempo de alcanzar sus respectivas metas.

Andrew mordióse los labios, en un claro gesto de impotencia.

De nuevo en la explanada central, tranquilizado al saber que Charles Greeve se ocupaba con los sanitarios de la asistencia a Denis Munn, miró a los soldados y miembros de la «O. S. S.».

—Destrozaron los aparatos de radio y telegrafía antes de marchar. Es preciso que uno de ustedes vaya en un «jeep» en busca de un médico y a enviar un telegrama. Aunque supongo su identidad, señores, me agradecería comprobarla.

Al pronunciar tales palabras el comandante miró a cuatro hombres de paisano que, con graves semblantes, le contemplaban a su vez. Uno de ellos, adelantando un paso, dijo:

—Me llamo Gerald Howland. Vea mis credenciales.

Entregó a Andrew un carnet, en el que se acreditaba su condición de inspector del Servicio Secreto de los Estados Unidos. El militar, devolviéndoselo, repuso:

—Gracias. Soy...

Gerald Howland, con una sonrisa, le interrumpió:

—Comandante Andrew Tiller, ¿no es así?

—En efecto.

Los dos hombres reunieron con el capitán Greeve, quien informó a su jefe:

—Denis Munn ocupa su cama. Se le ha hecho una cura de urgencia.

Andrew presentó al segundo jefe del campamento y al inspector del Servicio Secreto. No se sentaron. Los nervios forzábanles a mantenerse en pie. Andrew ofreció cigarrillos, y acercóse al cadáver

del único de sus enemigos que había encontrado la muerte en el asalto. Inclínose sobre él, registrándole.

—No lleva documentos.

El inspector del Servicio Secreto, con una sonrisa, dijo:

—Bastarán las huellas dactilares. El

«F. B. I.»

tiene sus archivos repletos de fichas de culpables y sospechosos. ¿Quiere contarme lo ocurrido?

Andrew Tiller no se hizo repetir la invitación. Conforme avanzaba en su relato, dábase cuenta de la culpabilidad de su hermano. Gerald Howland, comentó:

—Todo es muy significativo, en particular que los agresores estuviesen enterados de que usted acababa de recibir los planos y pasaportes. Resulta indudable que infiltraron un agente entre sus hombres.

Andrew mordióse los labios antes de pronunciar una frase que le llenaba de vergüenza:

—¿Supone culpable al sargento?

—Las pruebas acumuladas contra él parecen definitivas —repuso el miembro del Servicio Secreto—. Iré personalmente a la más próxima estación telegráfica. Ustedes deben permanecer aquí hasta que reciban órdenes.

El inspector abandonó la tienda de campaña, dejando a Andrew Tiller y Charles Greeve en compañía de los dos cadáveres.

—Veamos a Munn, capitán.

El teniente, al que terminaba de vendar un sanitario, bromeó:

—Temo que no me va a ser posible conocer el Japón.

—Creo que a ninguno —replicó el comandante—. Nuestro éxito se cifraba en la sorpresa, y ya no puede producirse. ¿Duele?

—No me cambio por usted. En unos minutos parece haber envejecido diez años.

En efecto. Los ojos de Tiller denotaban cansancio, hartura. Las arrugas de la frente, profundas, eran reveladoras de un estado psíquico que en vano esforzábese en vencer. En su interior, por encima de sus actos externos, dominándole por completo, agigantábase una idea: «Mi hermano es un traidor... Él ha matado a Romney Polegate...».

—¿Qué va a ocurrir ahora? —inquirió el herido.

—Comenzará la caza del hombre —contestó el capitán Greeve.

Andrew, obsesionado por el pensamiento que le angustiaba, haciendo una seña al sanitario para que se retirase, expuso:

—Sobre la amistad y el sentimentalismo se encuentra el deber, Respóndame con sinceridad. Si tuvieran ustedes que redactar el informe, ¿culparían al sargento?

El capitán y el teniente se miraron. Su silencio era más expresivo que todas las palabras.

—Lo haré constar en el parte. No obstante, tengo fe en mi hermano. La rivalidad entre los dos no debe cegarme hasta el extremo de suponerle culpable.

Bruscamente, Andrew abandonó el dormitorio para ocuparse de que los centinelas continuaran en sus puestos, así como para comprobar el número de bajas sufridas en el ataque. El triste balance le acongojó: tres muertos y cinco heridos...

CAPÍTULO II

FUERA DE LA LEY

En el interior del autogiro que despegó en segundo lugar del campamento de Belmont, hubo un largo silencio. John Tiller, a la izquierda del piloto, miró hacia tierra. En su rostro había un gesto de dureza que no pasó inadvertido para los dos hombres que, detrás de él, con las armas en la mano, le contemplaban de perfil. Las paletas movíanse en el aire con extraordinaria rapidez, produciendo un ruido monótono.

—¿Arrepentido, John?

El que hablaba, de mediana edad y gran corpulencia, esperó en vano la respuesta. Uno de los *gangsters*, a su lado, comentó:

—Tal vez tuvo miedo a que no cumplieras tu palabra, y disparases contra él.

—William Vance nunca falta a un compromiso —repuso el aludido—. Sé lo que le ocurre a Tiller. Aseguré que su hermano no moriría. De los demás no hablamos. Era preciso imponerse por la sorpresa y el terror. Ahora sólo nos resta entregar esos documentos, y convertirnos en honrados agricultores.

El que pilotaba el helicóptero rió fuertemente. Tiller, crispando sus dedos en uno de los laterales de la cabina, esforzóse en vencer su curiosidad, preguntándose el motivo de tal regocijo. A su izquierda volaba el otro autogiro con el resto de los hombres.

William Vance y sus secuaces guardaron silencio, ocupados en meter los planos y documentos de que se habían apoderado, en dos amplias carteras de mano. Al terminar, el que mandaba el grupo de indeseables ofreció cigarrillos.

—Elegiste la mejor causa. No debe ser agradable vivir de una mísera paga, a las órdenes de un hermano. Junto a nosotros ganarás

el dinero suficiente para llevar una existencia a lo grande.

—¡No me vendí por oro!

—Lo sé. La principal causa es el rencor. Deseas demostrar a los tuyos que eres capaz de valerte por ti mismo, enfrentándote a un código del honor que te obliga a claudicar ante tu familia o a defenderte con un puñado de dólares. La riqueza será una compensación agradable.

John Tiller aparentó no haber escuchado las cínicas palabras de William Vance.

—Supuse que una vez dado el golpe saldríamos del país.

—Eso creerán las autoridades. Desde el campamento a Belmont se tarda más de una hora. En ese tiempo habremos llegado a nuestro destino. En las estribaciones de Sierra Nevada, al norte del monte Lyel, tenemos un magnífico escondite. ¿Quién iba a imaginar que los que se enfrentan a la muerte por obtener beneficios materiales, se escondan en pleno campo para llevar una vida ajena a aquello por lo que luchan? Diez o doce días serán suficientes. Pasado ese plazo... San Francisco es una ciudad internacional, y a ella nos dirigiremos por separado. Aseguraste, John, que eras diestro en caracterizaciones. Ahora, podrás demostrarlo. Ya hablaremos más despacio. A cada uno de nosotros nos corresponden dos billetes de los grandes. Tú percibirás cuatro. Sin ti no hubiéramos conseguido nada. Los muchachos están conformes.

William, que mientras hablaba no cesó de accionar con el cigarrillo, arrojándolo por la ventanilla, se dispuso a encender otro. Su aspecto era el de un hombre satisfecho, seguro de sí mismo. Tiller, deseoso de averiguar detalles sobre su próximo futuro, interrogó a Vance:

—¿Qué vas a hacer con esos papeles?

—Ahora lo verás.

El helicóptero volaba sobre un pequeño lago, en el que rompíanse los rayos del sol arrancando a las aguas brillantes reflejos. En torno a la líquida superficie, una nota de color en las arenas del desierto Raiston, alzábanse pequeñas rocas. Desde la altura, el paisaje tenía una belleza agreste, rota únicamente por el lago.

John dióse cuenta de que casi oculto por los peñascos, había un avión. En las alas y en la cola llevaba pintados los emblemas de las

fuerzas aéreas norteamericanas.

—¡Es increíble! —exclamó el sargento.

—No tanto —repuso William Vance—. Es un magnífico disfraz.

El autogiro describió unos círculos sobre el aparato, y desde escasa altura, William dejó caer las dos carteras con lo arrebatado de la mesa de trabajo de Andrew Tiller. Dos hombres, en traje de vuelo recogieron los documentos. Minutos después, el caza pasaba ante los dos helicópteros.

—Vamos a la granja. Hemos cumplido nuestra misión.

William Vance se frotó las manos con visible gesto de complacencia. John, que se había vuelto a mirarle, no pudo evitar que sus recuerdos le llevaran al campamento del sur de Belmont. Quizá su hermano...

—De todo lo expuesto se deduce, según los hechos y el criterio del capitán Charles Greeve y del teniente Denis Munn, la complicidad del sargento John Tiller. —Andrew dejó de leer, agregando—: A continuación van la fecha y mi firma. ¿He olvidado algo?

Los dos oficiales respondieron negativamente con el gesto. Comprendían lo doloroso que debió ser para el comandante redactar aquel informe. El herido fue el primero en romper el silencio:

—Es duro el cumplimiento del deber.

Los ojos de Andrew se animaron con un brillo enérgico:

—Gracias, Denis. Quise que lo escuchara ante el temor de que dentro de unas horas no se le permitiera la fiebre. Ahora le dejamos solo. Le conviene descansar.

—Me encuentro bien, señor.

Ya en la explanada central del campamento, Tiller volvióse a Greeve:

—Si no le importa, preferiría meditar a solas. Océpese de la guardia.

Andrew anduvo en dirección a su tienda de campaña, de donde media hora antes habían sacado los dos cadáveres. Al entrar en ella vio una mancha de sangre en la arena.

En la silla plegable, con los dedos en la mesa y las manos cubriéndose el rostro, esforzóse en alejar de su mente todo lo que no fuesen ideas gratas, pero la realidad, obsesionándole, se impuso.

No ignoraba la dolencia cardíaca de su padre y temía por su vida. Y estaba seguro de que su esposa iba a experimentar un profundo disgusto al conocer la trágica nueva.

Unas palabras, pronunciadas en tono afectuoso, le hicieron reaccionar.

—¿Le molesto?

—Pase, inspector. No le esperaba tan pronto.

Gerald Howland penetra en la tienda, acomodándose en una de las sillas. Su rostro reflejaba una gravedad que enseguida captó Tiller.

—¿Pudo comunicar?

—Perfectamente. Traje conmigo una emisora portátil que mis hombres están instalando en el cuerpo de guardia, por orden del capitán Greeve. La visita del almirante Donovan se producirá antes de lo previsto. La fecha de hoy no la olvidaremos jamás.

Los labios del militar se fruncieron en una mueca amarga.

—A mí me perseguirá toda la vida.

Inclinó la cabeza con pesadumbre. El miembro del Servicio Secreto, tras una breve pausa, declaró:

—Nos hallamos en un momento histórico. Aun sin producirse el robo de pasaportes y planos, no habríamos podido llevar a efecto lo proyectado. Acaban de comunicarme de Washington que las Fuerzas Especiales de Ataque japonesas han bombardeado nuestra escuadra en Pearl Harbour. ¡Desde hoy estamos en guerra con el Japón! Se desconoce el volumen de nuestras pérdidas, pero se suponen cuantiosas.

Tiller miró su calendario de mesa. Marcaba el día 7 de diciembre de 1941.

El silencio fue largo. Los dos hombres, con fe en la victoria, mostrábanse inquietos pensando en las consecuencias de una lucha armada contra el Imperio del Sol Naciente.

El resto del día lo invirtieron en comentar tal noticia, estudiando sobre diversos mapas el futuro campo de operaciones. A las siete de la tarde, en un bimotor, llegó el almirante Donovan, quien, luego de escuchar el relato de Andrew y de interesarse por los heridos, dijo:

—Olvídese, comandante, de lo que no sean sus deberes militares. Desde hoy queda desligado del Servicio Secreto. Lo que resta pertenece a los hombres de mi plantilla. No se angustie por lo

de su hermano.

El director de la

«O. S. S.»

despidióse de Tiller y segundos antes de subir al aparato, volvióse a Gerald Howland:

—Vaya a San Francisco, y espere órdenes. Póngase en contacto con los compañeros allí destinados.

Andrew y Charles, en primer tiempo de saludo, permanecieron inmóviles hasta que el aparato se perdió a lo lejos.

—Establezca comunicación con el Estado Mayor, Greeve, y pregunte si podemos levantar el campamento. Nada útil podemos hacer aquí. ¿Quiere acompañarme a dar un paseo, inspector?

El aludido, con una sonrisa, accedió:

—¿Le interesa saber por qué me ha enviado Donovan a «Frisco»? El jefe tiene buen olfato, y tal vez supone que allí encontraré algún rastro de los fugitivos.

Caminaron despacio. El sol habíase ocultado ya tras las montañas, y el crepúsculo comenzaba a ser vencido por la noche. Gerald Howland se detuvo de pronto, e inclinándose, cogió algo del suelo. Era un fino pañuelo de seda, que llevaba bordadas las iniciales W. V.

—Sería demasiada suerte que perteneciese a uno de los cómplices de su her...

El interés despertado por el hallazgo hizo olvidar al del Servicio Secreto lo que no fuese un posible rastro. Apresuróse a rectificar:

—Perdone, señor Tiller. No quise ofenderle.

Andrew, inclinando la cabeza, repuso:

—No se preocupe. Lo esencial es que pertenezca a los agresores, y encontremos huellas dactilares. ¿No será de cualquiera de sus hombres?

—Ninguno tiene estas iniciales.

Gerald Howland, con sumo cuidado, introdujo el pañuelo en el interior de un sobre que sacó del bolsillo derecho de la americana. El comandante reanudó el paseo, seguido del miembro de la «O. S. S.».

Su tristeza iba en aumento. ¡John estaba fuera de la ley! Pese a todo, traicionando íntimamente sus convicciones, deseó que no le apresaran nunca, que pudiese escapar al castigo que por su delito se

había hecho acreedor.

—¿No habrán huido del país?

—No lo creo —respondió el inspector—. Cuesta mucho organizarse para el espionaje, y es absurda la idea de que renuncien a lo que tanto trabajo cuesta conseguir. Les interesa permanecer en los Estados Unidos a fin de facilitar datos sobre movimiento de tropas, progresos industriales, salidas de barcos y estado de ánimo de la población civil. Las leyes de la guerra perjudicarán notablemente al sargento. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Sí. Será fusilado a las veinticuatro horas de su captura, previo consejo sumarísimo.

En las palabras de Andrew vibraban la tristeza, la desesperación. El inspector, observándolo, comentó:

—Donovan prescindió de usted para que nunca pudiera enfrentarse a su hermano. Es una terrible probabilidad que conviene evitar. ¿Volvemos?

—Como quiera.

Los dos hombres regresaron al campamento. Charles Greeve, aproximándose a su superior, anunció:

—Al amanecer vendrá un avión a recogerle. Yo me encargaré del campamento. Quizá su padre quiera retenerle a su lado.

—No lo conseguirá. Me repugna convertirme en un oficial de teléfono y despacho. ¿De qué se sonríe, inspector?

—Me gustaría encontrarle en San Francisco. Es el puerto ideal para la campaña del Pacífico. ¿Me invita a cenar?

—Desde luego. Ocúpese, Greeve, del rancho de los hombres, y reúnase con nosotros en mi tienda.

—A la orden. ¿Tardará el médico?

Gerald Howland contestó:

—Me extraña su tardanza. En la Comandancia Militar me prometieron enviarlo con rapidez. Telegrafiaré pidiendo noticias. Aunque dije que los heridos no necesitaban urgente ayuda, no concibo tal retraso.

El miembro del Servicio Secreto dirigióse al cuerpo de guardia, donde uno de sus agentes permanecía a la escucha de cualquier posible mensaje. Andrew Tiller, en su tienda, sentado ante su mesa de trabajo, se incorporó al ver entrar a Howland, intensamente pálido:

—¿Qué sucede?

—¡Han volado dos puentes de Belmont cuando transitaban por ellos varios camiones militares! Hay quince muertos y más de un centenar de heridos. Me temo que en breve comience una serie de sabotajes encaminados a desmoralizar a nuestras fuerzas. Donovan hizo mal al prescindir de usted. Todos seremos pocos para dar la batalla al enemigo.

Apenas el inspector hubo pronunciado tales palabras, el suelo pareció estremecerse, y un resplandor iluminó las sombras. Andrew y Gerald salieron a tiempo de escuchar un trueno lejano. El comandante dijo:

—No creo equivocarme al afirmar que acaba de hacer explosión el polvorín de Pioche, el más importante del oeste. El primer día de guerra con el Japón no parece favorable a los Estados Unidos. Quiera Dios que cambie la suerte.

En la última frase de Andrew, más que un deseo adivinábase una súplica. Sin duda pensaba en su esposa y en el hijo que acababa de nacer.

CAPÍTULO III

GUERRA SIN CUARTEL

Andrew Tiller, ante una de las mesas del restaurante italiano más popular de San Francisco de California, en Fourth Street, en la parte de la ciudad destruida por el terremoto y el fuego de 1906, comió un plato de humeantes «spaghettis» y dos huevos con jamón. Mientras degustaba un helado de fresa, se dijo que su nuevo destino en el arsenal de la Marina le permitiría vivir con su esposa en uno de los alojamientos para oficiales. Sus compañeros, gente amable, algunos de ellos casados, le advirtieron: «La guerra no nos permite dedicar mucho tiempo a nuestras mujeres, y ellas, para luchar contra el tedio, se reúnen por las tardes en cualquiera de las casas o pasean por la ciudad».

El comandante, que acababa de cursar un telegrama a su casa, estaba satisfecho pensando en la alegría de Elena. Tan abstraído se hallaba que no sintió aproximarse a un hombre alto, de facciones enérgicas.

—¿Le importa invitarme a café, señor Tiller?

El aludido, al reconocer a su interlocutor, se incorporó para estrechar su mano.

—Siéntese.

El militar hizo una seña al camarero para que se acercara y pedirle café y coñac. Al alejarse el sirviente, Gerald Howland dijo a Andrew:

—No esperaba encontrarle tan pronto.

—¿Me vio desde la calle?

—No. Vine en busca de alguien a quien usted y yo conocemos. Es el hombre sentado al fondo, junto al mostrador. No cesa de mirarle.

Tiller, sin disimular la sorpresa que tales palabras le producían, inquirió:

—¿A mí?

—Sí.

Las pupilas del comandante se animaron con un extraño brillo.

—¿Misión secreta?

—Sí.

—¿Relacionada con el robo de pasaportes y planos?

Gerald Howland meditó unos segundos. Andrew aguardaba la respuesta con ansiedad.

—Sí.

Las tres breves afirmaciones del inspector de la «O. S. S.»

inquietaron profundamente a Tiller. Había recibido la orden del Estado Mayor y el ruego de Elena de no mezclarse en la captura de los que asaltaron el campamento produciendo varias víctimas, entre ellas el teniente Romney Polegate. Las palabras de Howland aumentaron su inquietud:

—Es William Vance, el propietario del pañuelo que encontramos en el campo. Voy a detenerle. Fuera vigilan tres hombres para impedir que escape. No hay otra salida que la de la puerta de cristales. A usted le ha reconocido, quizá por su uniforme. A mí no me conoce... todavía.

El inspector del Servicio Secreto se hizo a un lado para que el camarero pudiese depositar sobre la mesa dos tazas de café y dos copas de licor. De nuevo solos los hombres, Tiller habló:

—No quisiera ser indiscreto. ¿Cómo consiguieron identificar a ese individuo y localizarle?

—Resultó sencillo. William Vance no es un espía, sino un «gangster» que vende sus servicios al que mejor le paga. El «Federal Bureau of Investigation» tiene más de veintiocho millones de fichas de personas que han cometido delitos o que son sospechosas. Vance ha cumplido dos leves condenas, acusado de robo. El pañuelo tenía sus huellas y la máquina clasificadora tardó sólo unos segundos en separar la cartulina correspondiente. Las iniciales no dejaban lugar a dudas. Uno de los asaltantes era William Vance, peligroso delincuente al que, salvo las dos ocasiones a que me he referido, nunca pudo demostrársele su intervención en actos criminales. El

«O. S. S.»,

en estrecha coordinación con el

F. B. I.,

ha tardado quince días justos en averiguar su paradero Mis hombres llevan siguiéndole desde ayer. Es muy aficionado a la cocina italiana.

—Un buen trabajo.

—En efecto. No es un triunfo mío ni de nadie, sino de la Providencia. El pañuelo resultó mejor policía que todos nosotros.

Andrew Tiller guardó un breve silencio. Al mirar a William Vance, dióse cuenta de que el «gangster» le contemplaba a su vez. El comandante desvió sus ojos de los de su enemigo para que éste no leyera en ellos el deseo de venganza que comenzaba a invadirle. Tragó saliva al formular una nueva pregunta:

—¿Qué sabe de mi herma... del sargento?

—Esperamos que ese hombre nos lo diga.

Por vez primera temblaron las manos del militar.

—¿Cree que Vance hablará?

La repuesta de Gerald Howland produjo desagradable impresión a Tiller.

—Desde luego. Con nosotros es peligroso enfrentarse. Somos muy incontrolables, y acostumbramos a dar a cada uno el trato que merece. William nos dirá todo lo que necesitamos saber.

—¿Van a torturarlo? Me repugnan esos procedimientos.

Una sonrisa iluminó el rostro del miembro del Servicio Secreto.

—Es una frase demasiado dura. No serán precisos más que unos... pocos argumentos para convencerle de la conveniencia de colaborar con la

«O. S. S.».

Todos los asesinos suelen ser cobardes cuando no pueden ampararse en la ley que ellos no respetan. Resulta chocante, ¿verdad?

Andrew no respondió. Pensaba en su hermano.

Gerald Howland, apurando de un sorbo la copa de coñac, dijo:

—No soy quién para mezclarme en sus asuntos, y mucho menos para aconsejarle. No obstante, temo que ese hombre no se entregue sin lucha. ¿Quiere prestarme un servicio?

—¿De qué se trata?

—Tengo órdenes en el sentido de que usted no debe intervenir

en el esclarecimiento de los hechos que comenzaron al sur de Belmont. Doy por descontado que William Vance no se entregará sin lucha. Y no hay razón para que usted se exponga.

Tiller no supo contener una sonrisa irónica.

—¿Teme que me desmaye si veo sangre?

El rostro del inspector trocóse de afable en grave. Andrew observó que el del Servicio Secreto estaba preocupado, una idea, asaltándole, le hizo mirar en todas direcciones. ¿Se encontraría su hermano en el restaurante? Howland pareció adivinar su pensamiento.

—John no ha sido localizado aún. Vance intentará abrirse paso a tiros. Él creerá que usted vino para capturarlo. Es su enemigo visible. Quizá empuñe ya la automática en cualquiera de sus bolsillos. Vea sus manos.

El «gangster» tenía la diestra fuera de la vigilancia de Tiller y Howland, oculta por el cuerpo. Notábasele inquieto. Ante él, un vaso con dos dedos de *whisky*. El codo izquierdo apoyado en la barra, dejaba la mano a la altura de una posible funda axilar.

Andrew, comprendiendo que a Gerald no le guiaba otro afán que el de protegerle, repuso:

—Perdone mi sarcasmo. Es usted muy agudo.

—Gracias. ¿Acerté?

—Por completo. Le deseo éxito.

El comandante se puso en pie, e hizo una seña al camarero para que se acercara. William Vance debió creer que el militar daba la orden de ataque, y con extraordinaria agilidad, saltando el mostrador, disparó tres veces, más con el afán de sembrar la confusión que por herir a los que se disponían a capturarlo. Obtuvo el efecto deseado. Los que almorzaban en el restaurante, al oír las detonaciones, intentaron alcanzar la salida, mientras algunas mujeres gritaban. Los miembros del Servicio Secreto que en la calle esperaban el momento de actuar, se vieron arrollados por los que huían, haciendo imposible su prestación de ayuda a Gerald Howland, quien, propinando un violento empujón a Tiller, sin peligrosas precipitaciones, se dispuso a intervenir.

—¡Márchese, Andrew!

El aludido, inmóvil, vio cómo el inspector, encorvado, se aproximaba a uno de los extremos del mostrador, el opuesto al

lugar por donde William Vance había saltado. La cajera, muy pálida, le informó:

—¡Está en el sótano!

Howland, incorporándose, reunióse con los dependientes y la mujer, los cuales le mostraron una trampilla de madera.

—Por ahí escapó.

Gerald inquirió algunos detalles sobre la bodega. Al enterarse de que disponía de dos ventanas sin más protección que las maderas interiores, se dispuso a desafiar a la muerte con tal de impedir que el «gangster» escapara. Andrew, adelantándosele de forma inesperada, se arrojó al sótano, prescindiendo de la pequeña escalera de ladrillo. Mientras caía, un disparo retumbó en la bodega lúgubrementemente. El militar sintió en su mejilla derecha una leve ráfaga de aire, a la par que un silbido le indicaba cuán cerca había estado de la muerte.

Tiller, consciente del riesgo, maldiciendo ir desarmado, reparó que una de las ventanas que comunicaban con el exterior hallábase abierta, y temeroso de que Vance huyera, sin vacilaciones, se puso en pie con el afán de impedirlo. Un seco trallazo restalló en el aire, y Andrew no pudo continuar avanzando, desplomándose en el preciso momento en que Gerald Howland entraba en acción.



Andrew no pudo continuar avanzando

Todo había sucedido en escasos segundos, y el inspector, ante nuevos disparos del «gangster», vióse obligado a cobijarse detrás de unas cubas, respondiendo al fuego. Un silencio denso, de muerte, que parecía agigantarse en el cerebro del inspector, reinó en el sótano. Howland, asomándose por uno de los laterales de su

providencial escondite, vio cómo la figura de un hombre se recortaba en el ventanillo. Era un blanco ideal, pero necesitaba vivo al «gangster», a fin de someterle a un interrogatorio que le permitiera identificar al que, desde la sombra, dirigía el espionaje japonés.

Corrió hacia Vance, consiguiendo sujetarle por una de las piernas. William, lanzando una maldición, con la pierna libre, asestó un violento taconazo en la mandíbula de Gerald, que retrocedió unos pasos medio aturdido. Al rehacerse, el «gangster» había escapado.

El miembro de la «O. S. S.», sin desalentarse, pistola en mano, abandonó la bodega de la misma forma que el fugitivo. Ya en la calle, observó que Vance detenía un vehículo de alquiler, amenazando al chofer con su automática. Howland, desde donde se hallaba, apretó por dos veces el gatillo del arma y uno de los proyectiles alcanzó a William en un brazo. El inspector no pudo seguir haciendo fuego por el inoportuno paso de un autobús del servicio público, que le privó momentáneamente de la visibilidad. Cuando el autocar hubo pasado, el taxi en el que iba Vance se alejaba a toda marcha por Fourth Street, en dirección a la avenida Marquet.

Gerald buscó en vano un automóvil, y al fin, detuvo a un coche particular. Acercóse a la cabina delantera, rogando a una joven:

—¿Quiere prestarme ayuda? Pertenezco al Servicio Secreto.

La interpelada, con una sonrisa mezcla de estupor y jovialidad, repuso:

—¿Qué he de hacer?

—Aparearse y prestarme su vehículo.

—Suba. Yo conduciré.

Para no perder más tiempo, el inspector accedió a lo que la muchacha le indicaba, ordenándole en tono perentorio:

—¡Pise a fondo el acelerador! Olvídense de que existen leyes de tráfico, guardias y señales luminosas. Hemos de adelantar a un taxi amarillo.

No había terminado de pronunciar tales palabras, cuando su espalda chocó con violencia con el respaldo del asiento, mientras el automóvil, un moderno «Nash» parecía encabritarse a causa del

brusco aumento de la marcha.

La joven, con una sonrisa satisfecha, sin mirar a Gerald, sorteaba los obstáculos con suma destreza. En la esquina de Fourth Street con Marquet Avenue, Howland, temiendo por su integridad física, rogó:

—Permítame guiar a mí.

La muchacha, sin apartar su mirada del parabrisas, respondió:

—No lo haría por nada del mundo. Llevo más de dos años soportando las leyes de tráfico, y me divierte vulnerarlas... por orden de la ley. Curiosa paradoja, ¿no es así?

Gerald no contestó, atento al examen de los coches a los que iban alcanzando. Comenzaba a dudar de la captura de Vance, de cuyas posteriores declaraciones dependía en parte el exterminio del espionaje japonés en los Estados Unidos. A la altura del Hospital Lot, dijo a la muchacha:

—Siga por Thirteenth Street.

—A la orden, jefe —repuso la aludida, en tono humorístico—. ¿Les oye?

—Continúe y no se preocupe.

El automóvil, seguido por cuatro motoristas, sin disminuir la velocidad, cruzó como un meteoro frente al parque Buena Vista, internándose por la calle Frederick. Desalentado por su fracaso, el inspector del Servicio Secreto, exclamó:

—¡Pare! Decididamente le hemos perdido.

—¿Por qué no seguimos unas millas más? Empezaba a divertirme la aventura.

Howland, con gesto malhumorado, contestó:

—A mí, no. Si nuestros soldados fuesen tan torpes como yo, es indudable que perderíamos la guerra.

El miembro de la

«O. S. S.»,

minutos antes pleno de vitalidad, con la excitación de la caza del hombre, habíase transformado en un ser abatido, sin energía. La muchacha, al observar el cambio efectuado en el que la acompañaba, fue disminuyendo lentamente la marcha, hasta detenerse en la esquina de Stanyor, Street, en las inmediaciones de la entrada principal del Golden Gate, el hermoso parque de San Francisco de California que bordea el Pacífico durante varias millas

para serpentear después entre las colinas, al suroeste de la población.

—Ahí les tiene.

Los agentes motorizados, que no cesaron en la persecución del vehículo, rodearon el «Nash». Uno de ellos, con duro acento, dijo a la muchacha, que sonreía divertida:

—Esta broma le costará cara. ¿Se le escapa el novio?

Gerald Howland, irritado por su fracaso, replicó:

—Usted perderá el uniforme. ¿No le enseñaron corrección? Sus modales son propios de un descargador de muelles. Llévase la mano al casco y salud.

El policía, con visible desconcierto, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Véalo.

Entregó su carnet al motorista, quien, tras examinarlo, quiso excusarse:

—Perdone. Yo ignoraba...

—Dígame su nombre. Haré que le impongan un correctivo, para que no olvide cuál debe ser su comportamiento con una señorita.

El agente, más tranquilo, esforzándose en dominar la cólera que le invadía, dejó que el del Servicio Secreto anotara en un bloc sus datos personales.

—¿Ha terminado ya?

—Sí.

—Bien. Deme la documentación del coche. Quizá mis palabras hayan sido un poco bruscas, pero mi deber consiste en impedir que ningún chofer, por muy «bonito» que sea, cruce la ciudad con grave riesgo para peatones y vehículos.

Pese a su enojo, Howland no tuvo más remedio que acceder a la irónica petición del policía, quien, efectuadas las formalidades de rigor, saludando, alejóse del «Nash».

—Es usted terrible, señor...

—Howland. Gerald Howland —presentóse el inspector.

—Me llamo Verónica Yakumo.

El corazón del hombre palpitó acelerado.

—Su apellido es japonés.

—En efecto. ¿Hay algo de malo en ello?

—Sí. Todos los nipones se encuentran en campos de

concentración o en lugares designados por las autoridades. ¿Quiere explicarme el misterio de su rostro europeo?

Verónica Yakumo, deseando dar una lección al que aún no la había manifestado su gratitud, repuso:

—¿Es necesario?

—No. Al menos por ahora.

Hubo un largo silencio. Gerald, creyéndose en el deber de comportarse amablemente con la muchacha, comenzó:

—Creo que mi actitud no es muy correcta para quien, como usted, a más de ser muy bella, no puso obstáculos para...

No pudo terminar. Casi en sus oídos, una voz bronca le ordenó:

—¡Déjese de piropos y saque dos dólares! Se encuentran tapando un registro de incendios.

Verónica Yakumo lanzó una carcajada al distinguir el rostro de un miembro de la Metropolitana, que, con el pie en el estribo del coche, extendía la papeleta de la multa. Tomó su bolso del asiento, pero Gerald se opuso:

—¿Va a airear de nuevo su carnet? Acabará desgastándosele.

—No. Pienso pagar.

Entregó dos billetes al agente, el cual, con una sonrisa, dijo:

—El juez más cercano vive tres casas más arriba.

Hubo una nueva pausa. Howland mordióse el labio inferior, sin duda para no maldecir al policía. La muchacha, divertida, se burló:

—¡Lástima! Para una vez que iba a ser amable... No tengo nada urgente que hacer. ¿Quiere que le lleve a algún sitio? Me entusiasman las novelas de espionaje.

El inspector, sacando su pitillera, ofreció un cigarrillo a la joven.

—Volvamos a Fourth Street.

Verónica puso en marcha el automóvil, y maniobrando con destreza, se incorporó a la caravana de vehículos que haciendo sonar los «cláxones» se dirigían al centro de la ciudad. De regreso al restaurante, Howland iba pensando en Andrew Tiller, a quien vio caer en la bodega. ¿Habría muerto? ¿Por qué no obedeció sus órdenes? Nada le obligaba a intervenir en lo que era de la competencia de la

«O. S. S.».

El inspector respiró aliviado al ver al militar tomando un doble de ginebra.

—¿Qué hay, Gerald? No es necesario que conteste. Su cara es muy expresiva.

El miembro del Servicio Secreto, con una forzada sonrisa, replicó:

—Pude herirle, pero no impedir su fuga —dióse cuenta de la presencia de la muchacha, que miraba a Tiller con, simpatía, e hizo las presentaciones. Luego dijo—: Verónica me ayudó a perseguirle. La arruga de su frente me indica cuáles son sus ideas. ¿Le extraña el apellido japonés y la ausencia de rasgos asiáticos?

—En efecto. No me ha parecido prudente abordar tal tema a los pocos segundos de estrechar por vez primera la mano de la señorita.

Verónica Yakumo, que no apartaba su vista de la arrogante figura de Tiller, dijo:

—Aprenda de su amigo, señor Howland. ¿Qué le ocurrió en la sien? Tiene un rasguño.

Andrew, deseando no dar excesivas explicaciones, contestó:

—Me di un golpe contra una puerta giratoria.

—Disparada por un revólver «Colt» del 45, de seis balas en el tambor —aclaró Howland—. Estuvo a punto de capturar al que nosotros perseguimos.

La muchacha, repentinamente seria, preguntó:

—¿Una bala?

—Sí. William Vance es hombre de mala puntería. ¿Quiere tomar algo, señorita?

—Acepto. Las emociones secaron mi boca. Beberé un «high-ball» con «*whisky*», soda y limón.

—¿Qué le apetece, Gerald?

—Cualquier cosa. Ginebra o rayos.

—Si le conociese mi padre, le reprocharía su enojo por lo que no está en sus manos remediar. ¿Qué sabe de la psicología japonesa, de sus modales?

Las palabras de la muchacha provocaron una sonrisa en el comandante.

—Poca cosa. Me contaron hace tiempo una anécdota que me produjo viva impresión. Al principio me hizo sonreír. Después comencé a envidiar a unos seres capaces de sacrificarlo todo en aras de la cortesía.

Verónica Yakumo rogó:

—¿No le importará repetirla? Al señor Howland le conviene establecer comparaciones entre dos pueblos.

—La historia es breve. En una mañana de verano, dos amigos se encontraron en uno de los paseos de las afueras de Tokio. Uno llevaba una pequeña sombrilla. El otro iba exponiendo su cabeza a los fuertes rayos del sol. Detuviéronse para conversar, y mientras duró el diálogo, el que portaba la sombrilla la tuvo de forma que no le resguardase del calor. La charla se prolongó cerca de un cuarto de hora. Al despedirse, los dos hombres sudaban. El relato tiene su moraleja. El que llevaba la sombrilla, considerándola pequeña para protegerles a los dos, prescindió de ella a fin de significar a su amigo que su estimación por él era tan grande que no le importaba soportar el fuerte sol.

Cuando Andrew hubo terminado el relato, Howland, sin un comentario, apartóse del mostrador para aproximarse a uno de sus hombres y recibir su informe.

—Entre los que ocupaban el restaurante no había ningún sospechoso. Pese al pánico que produjeron los disparos, pudimos examinar todos los rostros. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—Distribúyanse por la ciudad, y ofrezcan doscientos dólares al confidente o «informador» que nos dé una pista de William Vance. Hemos de capturarlo lo antes posible.

Dada tal orden, Gerald volvió junto a Tiller y a Verónica. Pudo oír que ella decía:

—A mi padre le agrada conocer a un americano capaz de apreciar los valores espirituales de su raza. ¿Nunca tomó una taza de té a la usanza japonesa? Se sorprenderá del complicado ceremonial de lo que nosotros llamamos el «Cha-no-yu». Tiene un significado que convierte en poesía, en arte, lo que para los occidentales representa sólo saciar el apetito. Antiguamente los enemigos deponían sus espadas para participar juntos en la ceremonia del té.

—Me apasionan las costumbres exóticas.

—Entonces, ¿aceptará compartir con mi padre y conmigo el «Cha-no-yu»? —Reparó en la presencia del inspector—. Extiendo mi invitación al señor Howland, desde luego, aunque dudo de que acepte. Es demasiado nervioso para gozar de paz y serenidad,

principales beneficios de la ceremonia.

Gerald, tomando en su mano derecha el vaso de ginebra que el camarero acababa de depositar ante él, repuso:

—Se equivoca. Tendré mucho gusto en acompañar al comandante. ¿No le importa?

—Al contrario. Será un placer para nosotros. Les prometo, además, satisfacer su curiosidad con respecto a mi fisonomía y a mi apellido. También sabrá la causa por la que, excepcionalmente, mi padre no fue internado en un campo de concentración. Lamento decepcionar su interés policíaco, señor Howland.

En la última frase de la muchacha había un reto, un desafío que no pasó inadvertido a ninguno de los dos hombres.

CAPÍTULO IV

UN RASTRO DE JOHN TILLER

La habitación, no muy amplia, carecía de otros muebles que no fuesen una mesa de poca alzada y seis cojines rojos, en cuya parte superior, bordados en oro, destacaban figuras de dragones y de otros símbolos tradicionales del culto, la historia y la superstición japonesa, tales como el «Oni», enemigo de los niños. «Inari», dios del arroz. «Jizo», patrón de los viajeros, cuya estatua en piedra se alza en casi todos los caminos del Imperio, y por último, «Tengu», monstruo con nariz humana y plumas.

A Gerald Howland y Andrew Tiller les llamaba la atención el contraste entre aquel cuarto y los que una hora antes habían recorrido, donde amontonábanse las pinturas, los objetos de arte y los motivos asiáticos en los tapices. La estancia en la que se hallaban tenía las paredes desnudas, exceptuando un cuadro con un paisaje de suave colorido: el Kakemono.

Tatsuta Yakumo, en el sillón de ruedas, impuesto por su parálisis, era un hombre de unos sesenta años, de rostro enjuto, casi apergaminado a juzgar por el color de su tez y sus profundas arrugas. Sus manos, largas y huesudas, en sus lentos ademanes eran más expresivas que sus palabras. Entre frase y frase dejaba una larga pausa, tal vez para que los que le escuchaban pudieran reflexionar sin el agobio que produce una conversación ininterrumpida. Su cultura, su aspecto señorial y su facilidad para enfocar amablemente los más arduos temas, así como su extremada cortesía, impresionaron a los dos americanos, quienes olvidáronse pronto de la enojosa postura a que les obligaba la falta de sillas.

El diálogo, casi un monólogo a cargo de Tatsuta Yakumo, versaba sobre el espíritu heroico de una raza para la que el dolor y

la muerte no eran nada comparado con la lealtad, el patriotismo, y, muy especialmente, la obediencia plena al Emperador, descendiente directo de Amaterasu, dios del Sol.

Verónica, con gran asombro de Gerald y Andrew, habíase transformado en una joven prudente, que no intervenía en las conversaciones de los hombres. Su rostro, de común vivaz y picaresco, mostraba una seriedad impropia de sus años y del carácter que tanto irritó al inspector del Servicio Secreto durante la persecución de William Vance. Sentada con naturalidad en uno de los cojines, limitábase a sonreír de vez en vez a sus nuevos amigos, asintiendo a las palabras de Tatsuta. El largo kimono la permitía cambiar de postura sin preocuparse de la estrecha y corta falda del vestido.

—La muerte es un honor si se lleva en las venas sangre de samurái. Para nosotros, según frase del escritor japonés, Inazo Nitobe, el país es algo más que la tierra, algo más que el suelo de donde se extrae el oro o del que se obtienen cosechas: es la mansión sagrada de los dioses, espíritus de nuestros antepasados. El Emperador es el representante del cielo y la tierra, y reúne en su persona el poder y la misericordia divina. La fe en la raza forma una unión perfecta con la otra fe, la que se funde en lealtad al Soberano y en el culto de nuestros ascendientes. El japonés reza, según el sintoísmo, en oratorios sin más adornos que los derivados de una verdad: la de los fieles a quienes se postran ante un gran espejo en el que no dejan de mirarse. La consecuencia es lógica. Al ver su imagen reflejada, al desnudar su alma a la divinidad, practican el viejo aforismo que dice: «Conócete a ti mismo». Pero no un conocimiento externo sino personal, profundo. ¿Jamás se han contemplado ustedes en un espejo, dejando volar la imaginación? Yo lo hago, y en ocasiones creo no conocerme. Unas veces mis rasgos faciales se endurecen. Otras se suavizan. El «yo» oculto se manifiesta, sorprendiéndonos.

Tatsuta Yakumo guardó silencio. Su voz, que había adquirido trémolos emocionados, apagóse suavemente con la última frase. Gerald Howland y Andrew Tiller tuvieron la impresión de que en el aire vibraba algo desconocido. Las tazas de té hallábanse vacías. Los americanos no se atrevieron a fumar; ignorando si tal acto sería contrario a la costumbre establecida para el «Cha-no-yu».

—Se nos reprocha fanatismo, espíritu suicida. Los occidentales ignoran que el «seppuku» o «happuku», denominado vulgarmente «harakiri», tiene una raíz caballeresca. Los que lo practican realizan un acto que bien puede ser de lealtad, de ejemplo o de desagravio. Al abrirse el vientre con una daga, gritan en lo más íntimo de su corazón: «Abriré la morada de mi alma y os mostraré su estado. Ved con vuestros propios ojos si está manchada o limpia»[1]. Para nosotros, el alma reside en el vientre y por eso hundimos allí el acero. No es necesario que les pregunte su opinión sobre lo que nosotros consideramos un alto honor. Sin embargo, ¡qué grande es un pueblo para el que la vida no tiene otro objeto que el de consagrarse a la patria y al Emperador!

Tatsuta Yakumo continuó hablando para exaltar lo que a los ojos de toda persona civilizada no es más que un reprochable suicidio, por mucho que quiera rodeársele de virtudes morales. El anciano, con sus referencias a «seppukus» colectivos, tales como el del daimio Asano

Naga-Nori,
señor del clan de

En-ya

y de sus cuarenta y siete guerreros, considerados en el Japón como héroes nacionales, hizo que en los dos americanos se despertase un sentimiento de repulsa, que se tradujo en un comentario de Andrew Tiller:

—Tiene que perdonarnos el que no admitamos de corazón tales teorías. Los occidentales creemos que se sirve mejor a la patria con una larga vida en la que es fácil enmendar errores. Creo —dudó, no encontrando la palabra adecuada—... absurdo, casi monstruoso, abrirse el vientre para cancelar con sangre una deuda de cualquier tipo. Los occidentales consideramos la existencia como un don divino, y el soportarla en la desgracia encierra un valor no inferior al de los samuráis.

El silencio fue largo, destacando aun en una entrevista como aquélla, pródiga en silencios. Gerald Howland miró con simpatía a su compañero, quien, cual si le adivinara el pensamiento, apresuróse a explicar:

—La cortesía no es contraria a la sinceridad. Nuestro anfitrión comprenderá que mis ideas sean distintas a las suyas. Para mí,

mejores. Para el, peores. Creo que si asintiésemos a los conceptos vitales que acaba de expresarnos, mostrando conformidad con ellos, nos consideraría poco dignos de su afecto. Si el japonés muere por su verdad, nosotros, aunque no sea trágicamente, hemos de expresar la nuestra.

Las mesuradas palabras del comandante produjeron una impresión favorable en Verónica y Tatsuta. El viejo paralítico, con gesto afable, propuso:

—El diálogo que acabamos de comenzar no es el más indicado para seguirlo aquí. Les propongo que pasemos a la biblioteca, donde a la usanza europea, mi hija, les ha preparado licores y tabaco. Yo fumaré mi pipa, como de costumbre. Por favor, salgan primero. Verónica les acompañará.

Los tres jóvenes, no juzgando oportuno insistir en que el anciano abandonara la estancia delante de ellos, alcanzaron un amplio pasillo, a cuyos lados se abrían varias puertas. La muchacha alzó una cortina, y con una sonrisa, invitó a Gerald y Andrew:

—Pasen.

El inspector del Servicio Secreto apresuróse a responder:

—No será sin que usted nos preceda.

Verónica Yakumo así lo hizo, y los americanos, al seguirla y contemplar la lujosa habitación en la que se hallaban, permanecieron varios minutos inmóviles admirando las finas porcelanas y los innumerables objetos de arte en marfil, nácar, plata y oro que se alzaban sobre muebles ricamente tallados o en repisas dispuestas al efecto. La biblioteca era espaciosa, con un amplio ventanal al fondo. Los grandes armarios en los que alineábanse los libros, estaban dispuestos con exquisita simetría, para que dejaran lugares libres en los que colocar cuadros y antigüedades, desde un Buda hasta un abanico de hueso y encaje.

Andrew Tiller, notando fija en él la mirada de la joven, exclamó con sinceridad:

—Un rincón maravilloso. Su padre de usted posee un refinado espíritu.

—Gracias.

Al avanzar el comandante en dirección a uno de los sillones del tresillo tapizado en granate, se detuvo sin dar crédito a lo que contemplaba. En la mesa de fumador, junto a un cenicero de

mármol blanco, había una pluma estilográfica «Eversharp». En el capuchón le pareció ver dos iniciales.

«¡No! Es un absurdo. Sin embargo... No hay duda de que el ambiente exótico hace ver cosas que no existen».

El soliloquio del militar debió alterar su rostro, pues dióse cuenta de que Gerald y Verónica le miraban. El del Servicio Secreto, con asombro. La mujer, con un gesto indescifrable. Se creyó en el deber de explicarles el motivo de su extrañeza.

—Por un momento creí que esa «Eversharp» era la de mi hermano John.

—¿Tiene usted un hermano? —preguntó Verónica.

—Sí —repuso de mala gana Tiller.

—Debió decírmelo. Desde que se declaró la guerra, vienen pocas personas a visitarnos. Ustedes, aceptando mi invitación, le han hecho un gran bien a mi padre. Gusta de charlar de sus cosas. Hoy se encuentra rejuvenecido. Su uniforme no ofende su condición de japonés. Admira el heroísmo, y tiene un alto concepto de los militares. Espero que...

Verónica Yakumo guardó silencio al observar que Andrew tomaba en sus manos la pluma estilográfica, mientras su semblante enrojecía.

—¡Es la suya, Howland! ¡Una «J» y una «T»! ¡John Tiller! ¡Yo mismo se la regalé!

La excitación de Andrew se reflejaba no sólo en su rostro, sino también en sus frases secas, limpias de retórica. Los dedos que sostenían la «Eversharp» temblaban de tal forma, que Gerald, más sereno, le aconsejó:

—Serénese. ¿Conoce usted la estilográfica, Verónica?

La aludida acercóse a Tiller, extendiendo su mano derecha.

—¿Me permite?

El comandante entregó a la joven la «Eversharp». Hubo un largo silencio, durante el cual los dos hombres no dejaron de observarla.

—Es la primera vez que la veo. Le preguntaremos a papá.

—¿Qué es lo que tienes que preguntarme?

Tatsuta Yakumo penetró en la biblioteca a tiempo de oír las últimas palabras de Verónica.

—¿Es tuya?

Tendió la pluma al anciano. Éste, sin tomarla, repuso con

naturalidad:

—No. Quizá sea de alguno de nuestros huéspedes.

—La encontraron en la mesa de centro, y se interesan por su procedencia.

El rostro inexpresivo del japonés no se alteró, como el inspector y Tiller esperaban. Hizo girar las ruedas de su sillón de inválido hasta situarse junto a uno de los butacones.

—Interrogaré a los criados, si lo desean. Por favor, siéntense. ¿Tanto les preocupa lo que acaba de mostrarme mi hija?

—Mucho —contestó el militar.

—Será fácil complacerles. En San Francisco no es posible, como en Tokio, rodearse de numerosa servidumbre. Los americanos tienen espíritu de señores. Incluso los chinos, raza despreciable, se niegan a lo que restrinja su libertad, prefiriendo serviles oficios a honrarse con el trato de un gran señor.

Tatsuta hizo una seña a su hija, que golpeó con un pequeño mazo en un gong de metal. Gerald Howland, que vigilaba al padre y a la hija, no pudo ver en ellos ningún signo de inquietud.

Las preguntas hechas a los criados dieron resultado negativo. Cuando salieron, Tiller inquirió:

—¿Y si esos hombres se equivocaran?

—*Goran nassimachita*[2]

Era la única frase pronunciada en japonés, y los americanos conocieron su significado antes de que Verónica se la tradujese. Tatsuta Yakumo habló durante toda la tarde en el idioma de sus invitados, esforzándose en no mezclar palabras alguna del lenguaje de su patria. Tiller comprendió que el anciano les recordaba cortésmente que estaban en la casa de un extranjero, por lo que debían olvidar sus problemas para corresponder a las amabilidades del anfitrión. Andrew, entendiéndolo así, vencida la sorpresa del hallazgo, con una sonrisa cordial, acomodóse en el diván del tresillo.

—Perdone mi insistencia. Mi hermano menor es un joven alocado, y llevo varias semanas sin saber de él. Creí que ustedes podrían darme noticias suyas.

—Lamentamos no poder complacerle. ¿Prefieren coñac, ginebra, ajeno o *whisky*? Ayer me sirvieron una caja de «Seagrams» del Canadá.

El miembro del Servicio Secreto, saliendo de su abstracción, se adelantó a Tiller en la respuesta:

—Por mi parte probaré esa marca.

—Yo también —repuso Andrew.

—No me he atrevido a ofrecerles «saky». Es necesario tener habituado el paladar a esta bebida. Se obtiene mediante la fermentación del arroz.

Gerald Howland se asombró del extraordinario dominio de Andrew, para quien tanto representaba una noticia de su hermano, y que, con gesto amable, dijo:

—Haré honor a lo que en su país es tradicional.

Tatsuta miró a Verónica. La muchacha, comprendiendo lo que su padre deseaba de ella, dirigióse a uno de los laterales, y abriendo un secreter, extrajo un juego de cristal tallado y dos botellas, así como una bandeja de caoba con incrustaciones en nácar. Desde donde se hallaba Andrew, veía a la muchacha desenvolverse con naturalidad y elegancia. El largo kimono idealizaba su figura.

Howland, rivalizando en cortesía con el viejo Yakumo, bebió también «saky», y a partir de entonces el diálogo versó de nuevo sobre temas y costumbres de Yedo[3].

Tiller, transcurrida media hora, fue el primero en levantarse.

—Siento dejarles, pero el servicio me reclama. He pasado una tarde muy agradable. Volveré en otra ocasión a ofrecerles mis respetos.

Gerald le imitó, y abrumados por las untuosas palabras de despedida del asiático, salieron a la calle. Al montar en el coche oficial que Andrew conducía, Howland le reprochó:

—No debimos marcharnos sin que nos explicaran la causa por la que el rostro de Verónica no tiene rasgos orientales. Abriré una información sobre Tatsuta Yakumo. No me gusta ese japonés; tampoco su hija.

El comandante, mientras ponía en marcha el vehículo, no supo reprimir un irónico comentario:

—La miraba usted demasiado para que le conceda crédito. No me conteste. Lo que importa ahora es mi hermano. ¿Qué piensa de la pluma?

—Estoy desconcertado. Lléveme al hotel. Quizá antes de que nos separemos pueda responder a su pregunta.

El domicilio de Tatsuta Yakumo se hallaba en la avenida de China, y era una casa de dos plantas sin otros inquilinos que Verónica y su padre. Tiller, en silencio, pisó el acelerador y el coche, muy despacio, con los faros encendidos, dirigióse al centro de la ciudad. Las aceras estaban ocupadas por gentes de todas las nacionalidades y condiciones morales, predominando lo abyecto, lo sucio.

Al llegar a Lisbon Street Tiller vióse obligado a parar el automóvil. En el centro de la calzada, tendida de espaldas al macadán, se hallaba una mujer con el pecho ensangrentado. Junto a ella, contemplándola, varios hombres, quienes, al reparar en el coche que acababa de detenerse, alejaronse con precipitación, temerosos, sin duda, de que se tratara de la policía. Gerald Howland fue el primero en arrodillarse al lado de la víctima, comprobando que estaba muerta. Al incorporarse, Andrew le dijo:

—Nos han dejado solos en la calle.

—Sí; es una antigua costumbre de «Chinatown». Nadie quiere mezclarse en asuntos que puedan reportar perjuicios. Si fuera posible iniciar un interrogatorio, declararían no haber visto nada. Hasta tal extremo es así, que las autoridades de San Francisco eluden el Barrio Chino siempre que es posible, en la certeza de que el fracaso acompaña todas las investigaciones. Telefonaré a la Metropolitana desde cualquier sitio. Es posible que nos encontremos ante un asesinato provocado por celos, venganza o miedo a una delación.

En los oídos de Tiller, las palabras del inspector sonaron desagradablemente. Le repugnaba su indiferencia. La mujer era joven, y de su rostro no se había borrado una sonrisa que comenzaba a trocarse en fea mueca.

—Examine su mano derecha —dijo—. Parece que oprime algo.

El del Servicio Secreto, inclinándose de nuevo, hizo lo que el militar le sugería. Al ponerse en pie, mientras mostraba a Andrew un arrugado papel, comentó:

—Muy perspicaz. Es un programa de un teatro chino. Anuncian una función para mañana... —El semblante de Howland denotó extraordinaria emoción—. ¡Vea!

En la octavilla impresa, Tiller pudo leer unas palabras trazadas a lápiz.

«¡Peligro! Te han tendido una trampa».

El aviso no llevaba, firma. No era necesaria.

—¡Es una advertencia de John! Reconocería su letra aunque llevara veinte años sin verla.

Gerald, tensos los nervios, inesperadamente propinó un empujón a Tiller, derribándole a tierra. De una de las casas inmediatas surgieron varios fogonazos, iluminando la semipenumbra que envolvía Lisbon Street. Las detonaciones provocaron el cierre de las tabernas inmediatas.

Andrew y Howland, sintiendo silbar los proyectiles en derredor, protegiéronse en la carrocería del vehículo.

—¡Es una encerrona! ¡Tenemos que escapar de aquí! Suba al coche y póngalo en marcha.

El miembro del Servicio Secreto, esgrimiendo un revólver, contestó al fuego, aunque sin precisar la puntería, pues les disparaban desde varias ventanas. Una ametralladora tableteó trágicamente, agujereando el automóvil cuando Tiller abría la portezuela para seguir las instrucciones de Gerald. Mientras manipulaba en los mandos del coche, sintió aplastarse el plomo en los adornos metálicos, y tuvo miedo de que alguna de las balas averiase el motor, impidiéndoles huir. Le ensordecía el tronar del arma de su compañero, al que, en una rápida ojeada, pudo distinguir de bruces en el suelo, esforzándose en alcanzar a sus ocultos enemigos.

Era milagroso no haber sucumbido al cobarde atentado. Sin el aviso de John, yacerían en tierra junto a la mujer que les forzó a detenerse.

Al oír el mosconeo del motor, Howland apremió:

—¡Arranque! Me agarraré a la portezuela y a la aleta. ¡Nos están acribillando!

Andrew, consciente de la gravedad de la situación, hizo lo que el del Servicio Secreto le ordenaba, encogido en el asiento de forma que su cabeza no asomase por el parabrisas. Una de las ruedas debió pasar sobre el cuerpo de la mujer, pues el vehículo hizo un raro movimiento, y Tiller hubo de esforzarse para mantener la dirección.

En la fuga, de espaldas a los invisibles adversarios, saltaron rotos los cristales posteriores del automóvil. Gerald, ágilmente, entró en

el coche, sentándose junto al militar.

—Ya puedes levantarte. ¡De buena nos hemos escapado!

—Sí; gracias a ti.

Los dos hombres sonrieron al darse cuenta de la familiaridad de sus palabras, de que por vez primera prescindían del «usted» que hasta entonces levantó entre ellos un muro de frialdad.

—Será mejor que nos tuteemos, ¿no te parece, Andrew?

—Desde luego. El destino nos ha unido en la misma empresa.

—No olvides la orden de no mezclarle en lo que pueda significar la captura de tu hermano. Estoy comenzando a cobrarle afecto. Le debemos la vida.

—Así es.

El vehículo deslizábase por Japón Avenue, conducido por las expertas manos de Tiller. El inspector le preguntó:

—¿Y el mensaje?

—En el bolsillo izquierdo de la americana. ¿Dirás a tus hombres que hagan una redada en Lisbon Street?

—No. Volveré yo mismo... convenientemente disfrazado. No me gustan los suicidios.

Gerald Howland tomó la octavilla, examinándola. Andrew, que le miraba de soslayo, expresó sus ideas en voz alta.

—Estoy pensando en una serie de hechos, distintos en apariencia, que tal vez formen los eslabones de una cadena en la que William Vance y John puedan ser apresados. La invitación de Verónica Yakumo, el fervor patriótico de su padre, la pluma estilográfica, la mujer muerta, el aviso de mi hermano y, por último, la agresión. Si Vance preparó la emboscada, ¿quién le dijo que nos hallábamos en «Chinatown»? Es indudable que asesinaron a esa mujer con el afán de evitar que nos transmitiera la advertencia de John.

—Bien razonado. Me hospedo en el «Jefferson». ¿Quieres llevarme? Si es tarde para ti, tomaré un taxi.

—Me sobra media hora.

Durante algunos minutos, el silencio imperó en el interior del automóvil. Tiller, sin apartar su vista del gran tráfico de la Séptima Avenida, en la que acababan de penetrar, meditó una vez más en los extraños sucesos de los que había sido protagonista. Por vez primera se dijo que tal vez cometió un error al pedir a su esposa

que se reuniera con él en San Francisco. Era posible que el servicio y las investigaciones con respecto a su hermano absorbiesen todas sus horas. Elena y el niño constituirían una preocupación que debió haberse evitado. Reprochóse el pensamiento.

Gerald Howland, que miraba a través de la ventanilla, dijo:

—Tuerce por la calle South. ¿Cuándo viene tu mujer?

—Pasado mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

—¿Nada más? Sé sincero. Supones que ella me impedirá mezclarme en la aventura comenzada en el campamento. ¿No es así?

El inspector del Servicio Secreto inclinó la cabeza, asintiendo.

—Lo tienes prohibido. ¿No lo recuerdas?

Le correspondió a Tiller responder que sí con el gesto, de mala gana. Le disgustaba mantenerse al margen de algo tan ligado a él. Como hermano mayor debía velar por John, aunque aquella noche hubiese sucedido lo contrario en «Chinatown».

Ya en la avenida Jefferson aminoró la marcha para detenerse ante el hotel donde se hospedaba Howland. Al despedirse, se estrecharon la mano con afecto.

—Suerte, Gerald.

—Lo mismo te deseo, Andrew.

El inspector de la

«O. S. S.»

sonrió de forma extraña al ver alejarse el vehículo conducido por Tiller...

CAPÍTULO V

EN LAS GARRAS DE «CHINATOWN»

Un joven actor se paseaba por el escenario agitando ostensiblemente un látigo, lo que en el teatro chino, pleno de símbolos, significaba que iba montado a caballo. Su traje era de extraordinaria riqueza, predominando los bordados y las lentejuelas doradas. Una pequeña orquesta, visible para el público por hallarse situada en el fondo del tablado, interpretaba una música cadenciosa. La decoración consistía en un tapiz y una mesa, sin otros adornos ni mobiliario.

En la gran sala, el público charlaba, ajeno al parecer a las incidencias de la representación. Estaba aburrido de un espectáculo que empezó a las cuatro de la tarde y que a las once de la noche no tenía aspecto de terminar. En los palcos, formados por hileras de mesas repletas de licores y golosinas, los espectadores de más categoría cambiaban impresiones sobre la farsa, una leyenda de Ming Wang relativa a la fundación del teatro chino.

Andrew Tiller, que ocupaba uno de los lugares preferentes, miró de nuevo al primer actor, preguntándose la causa por la que su figura le era tan familiar. Había algo en aquel hombre que llamaba su atención.

Una vez más giró la mirada en torno suyo, deseando descubrir a Gerald Howland. Resultábale inconcebible que no hubiera acudido al espectáculo anunciado en el programa donde John Tiller escribió su advertencia de peligro. La idea de que el miembro del Servicio Secreto estuviese siguiendo alguna pista que él ignoraba, desasosegándole, le hizo comprender el interés que sentía por aclarar el comportamiento de su hermano y por la captura de William Vance.

Pese a llevar tres horas inmóvil en su asiento, contemplando escenas que no era capaz de comprender, Andrew no estaba aburrido. Algo le decía que en el teatrillo de la avenida de la India iba a suceder lo imprevisto.

En la escena, el primor actor continuaba paseándose. Tiller consultó su reloj de pulsera, preguntándose hasta cuándo iba a durar la supuesta cabalgada del artista. Una voz meliflua dijo a su izquierda:

—¿Le distrae la función, señor?

Andrew volvióse al que le interrogaba, un chino alto y grueso, sin duda procedente del norte del país, para responderle con afabilidad:

—Sí; es muy curioso lo que sucede ante mí. ¿Considera necesario que un actor permanezca tan largo rato en escena, recorriéndola de un lado a otro?

El propietario del local, con una sonrisa comprensiva, apresuróse a replicar:

—El tiempo carece de importancia en lo que se relaciona con las Bellas Artes. Por ello concedemos de vez en vez estas pausas los espectadores, a fin de que puedan charlar de sus asuntos y satisfacer su sed o su apetito. Su impaciencia no me extraña. En los Estados Unidos todo se hace deprisa, desde el goce al sufrimiento. ¿Le apetecería una taza de té?

Tiller no pudo contestar. Una voz femenina, adelantándosele, repuso:

—Traiga dos. Esperaba encontrarle aquí, Tiller.

Andrew, incorporándose, contestó:

—Yo no, Verónica. Siéntese. Me agrada verla de nuevo.

Mientras la muchacha se acomodaba junto al militar, este preguntábase si Verónica Yakumo sería «lo imprevisto», el suceso que justificara su prolongada permanencia en el teatro.

—Estaba deseosa de verle.

El comandante, sorprendido, miró con extrañeza a la joven.

—No la entiendo. ¿Tiene algo que comunicarme?

Verónica hizo una larga pausa, antes de responder en tono quedo:

—Sí. En la biblioteca apareció anoche esta nota. No sé si hago bien entregándosela, pero le vi muy excitado con el hallazgo de la

pluma.

Entregó a Tiller una cuartilla, mecanografiada. El hombre, al tomarla, dióse cuenta de que las manos le temblaban. Por unos minutos la mantuvo lejos de su vista cual si no se atreviera a leer su contenido. La muchacha inquirió:

—¿Qué le sucede? Quisiera ayudarle. Mi padre me supone en casa. Él me hubiese prohibido salir a estas horas para reunirme con usted.

Andrew, con gesto hosco, recordando la agresión de la noche anterior, repuso:

—Es una larga historia. Permítame.

Con inquietud, temeroso de lo que pudiera contener la nota que Verónica le acababa de dar, posó su vista en la cuartilla, leyendo:

«El propietario de la estilográfica “Eversharp” pertenece a la compañía del teatro chino de la avenida de la India. Él es el único que puede indicar el paradero de William Vance».

La sorpresa no permitió a Tiller pronunciar palabra alguna. Pero su gran dominio de los nervios le hizo reaccionar con presteza.

—Naturalmente, usted ya ha leído esta nota. Sea sincera, Verónica. ¿Qué hay entre mi hermano y usted?

—¿Quién en su hermano?

—Necesito su colaboración y para ello es preciso que conozca algunos hechos —vaciló unos segundos—. ¿Quiere prestarme ayuda?

—¿Qué clase de ayuda? —La muchacha, sonriendo, apresuróse a agregar—: Lo que me insinúa es más chino para mí que lo que sucede en el escenario. Nunca he sido capaz de comprender estas representaciones.

Andrew, al que el mensaje acababa de revelar cuál era la personalidad del que, incansable, seguía paseando por el tablado, rogó:

—Tengo la certeza de que me vigilan. No sé quién ni desde dónde, pero es así. Necesito que usted me consiga una entrevista con el hombre al que hace referencia esta nota, único actor que hay ahora en el escenario. Fíjese bien en él.

—¿Es su hermano?

—Sí. Antes de que responda, he de decirle que Gerald Howland, del Servicio Secreto, le persigue por espionaje y complicidad en la muerte de un oficial y varios soldados. Piénselo, Verónica. Quizá haya peligro.

La aludida, serio el semblante, contempló el grave rostro de su interlocutor.

—Haré lo que me pide.

—Gracias.

Tiller extrajo su cartera para sacar una tarjeta de visita, y con un lápiz de caperuza metálica, se dispuso a escribir unas líneas. En aquel momento un chino, ataviado al estilo tradicional, le tocó levemente en el hombro. Al volverse, Andrew recibió un formidable *uppercut* que le hizo caer sobre la mesa. Fue a incorporarse para dar la réplica al cobarde ataque, cuando las luces se apagaron y una ametralladora comenzó a disparar desde el escenario. Los fogonazos se sucedían ininterrumpidamente. Las detonaciones mezclábanse con gritos de espanto y de agonía, formando un estremecedor concierto.

Tiller al sentir que los proyectiles silbaban en torno suyo, dejóse deslizar al otro lado de la mesa, cobijándose en ella. Le angustiaba la suerte de Verónica Yakumo, y pedía al Cielo que las balas respetaran su vida.

Aun en la certeza de que le era imposible utilizarla en las tinieblas, Andrew empuñó su pistola de reglamento, sintiéndose más seguro al notar en sus dedos el frío contacto del acero.

Pensó que de no hallarse cerca de los tradicionales palcos, quizá habría sido envuelto entre la multitud en fuga. Le interesaba llegar al escenario y buscar a su hermano para exigirle que...

Cesaron los disparos. Andrew, interrumpiendo el curso de sus ideas, se puso en pie para dirigirse al tablado y penetrar en las dependencias interiores del teatro. Al ir a hacerlo, oyó los silbatos de la policía y encendiéronse las luces. Su primer pensamiento fue para Verónica. Respiró aliviado al verla junto al oriental que le golpeó. Dirigióse a su encuentro, dispuesto a luchar contra el desconocido. Una voz burlona le contuvo:

—Siento haber tenido que pegarte, pero era el único medio de que no nos acribillasen a tiros. En estos locales apagan las luces cuando alguien promueve un alboroto. Nos estaban encañonando

desde la orquesta. Me di cuenta de ello porque algunos músicos, asustados, dejaron de tocar.

—¡Gerald!

—El mismo. Observé cómo me buscabas, no reconociéndome pese a tenerme a tu espalda.

El disfraz del inspector de la

«O. S. S.»

era perfecto. El comandante lo expresó así.

—¿Sabías que iba a venir? —preguntó Tiller, después.

—Me precio de conocer a los hombres. William Vance ha perdido una magnífica ocasión de eliminarnos.

—¿Supones que fue él?

—Sí. Mis agentes rodean el teatro, y nadie escapará sin ser previamente identificado.

Tiller se estremeció al pensar en su hermano. Aunque deseaba que la justicia se cumpliera, temía el momento en que John se enfrentase con los miembros del Servicio Secreto.

—Tal vez los culpables, incluso el propio Vance, hayan huido aprovechando la confusión.

—No lo creas. Vuelven a entrar todos los espectadores por orden de la Metropolitana, quienes a su vez obedecen instrucciones de mis hombres. La redada será completa. —Gerald sonrió a la muchacha, disculpándose—. Ha de perdonarme que la derribara con brusquedad. No había otro remedio. ¿Me ayudas a interrogar a los sospechosos? Toma la cartera y el lápiz. Cayeron junto a mí. A propósito, ¿qué mensaje te dio a leer Verónica?

Andrew, serenamente, con plena conciencia de su deber y de su responsabilidad, entregó al inspector lo que éste le pedía. Gerald, al enterarse de su contenido, dijo:

—Tu lealtad es admirable. Gracias.

Tiller, con un gesto de tristeza, repuso:

—Hay valores más altos que los de la sangre. Podemos empezar cuando quieras. ¿Importa que Verónica venga con nosotros? Deseo acompañarla a su casa.

—No veo inconveniente. ¿Cómo llegó esa nota a su poder, señorita?

La interpelada repitió la historia del hallazgo, en la mesa de centro de la biblioteca, terminando:

—No le ayudaré a prender al hermano de Tiller.

En torno a los dos hombres y a la muchacha había mucho movimiento. «Cops»[4] y hombres de paisano, indiferentes a las protestas, iban examinando los rostros y las documentaciones de los que minutos antes entretenían sus ocios contemplando el espectáculo del teatro chino. Un teniente de la Metropolitana acercóse al inspector de la

«O. S. S.»

para informarle:

—Hay un muerto y tres heridos. ¿Esperamos la llegada del juez y el forense para levantar el cadáver?

—No. Llénenlos en las ambulancias; y procedan a las identificaciones.

Retiróse el oficial, y Howland, Andrew y Verónica fueron aproximándose a los grupos de autoridades y espectadores. El fracaso más absoluto coronó los esfuerzos del miembro del Servicio Secreto americano. En el edificio no se hallaban ni John Tiller ni William Vance. Los que integraban la compañía teatral eran viejos artistas orientales, con sus pasaportes en regla.

—¿Y el primer actor? —interrogó Gerald.

—Está enfermo. Envió un suplente.

—¿Cuáles son sus señas?

—Vive cerca de aquí, en el 12 de Saratoga. Se llama Liu Po Cheng.

—Gracias.

Gerald Howland, seguido de sus amigos, salió a la calle. En su rostro reflejábase la contrariedad. Andrew Tiller propuso:

—¿Por qué no llevamos a Verónica a su domicilio?

—En eso pensaba —repuso el inspector—. Utilizaremos un coche oficial.

Minutos después, los dos hombres despidiéronse afablemente de la muchacha, agradeciéndole su colaboración. Ella les hizo prometer que volverían a visitarla, y, con un pequeño llavín, abrió la puerta de su casa. Antes de desaparecer tras la gruesa hoja de madera, dijo con ironía no exenta de jovialidad:

—Recuerdos a Liu Po Cheng.

De nuevo en el vehículo, el del Servicio Secreto comentó:

—Me desconcierta esa joven. Se ha entrometido en nuestros

problemas, y es muy inteligente.

—¿Vamos a visitar a ese chino?

—Desde luego. No conviene dejar ningún cabo suelto, aunque me temo... ¿Te importa conducir mientras yo hablo? Saratoga es la quinta calle de la derecha. Ve despacio para que me dé tiempo a contarte mi historia. No pude comunicar con mis jefes, y si me sucede algo tú debes hacerlo.

—Comprendido.

Tiller puso en marcha el automóvil, que se deslizó suavemente por Rancho Rincón de las Salinas. Howland, luego de un leve carraspeo, comenzó:

—Anoche hice una visita a la casa desde la que intentaron asesinarnos. ¡Mal asunto para sus moradores! Descubrí un fumadero de opio, que a estas horas ya no existe. Mis pesquisas fracasaron. El dueño del clandestino negocio sólo pudo decirme que dos individuos, portadores de voluminosas carteras, le pagaron diez dólares por pipas en las que el opio fue encontrado intacto. Las habitaciones que ocuparon los hombres a que me refiero tenían ventanas a la calle. Es indudable que se trata de nuestros agresores. En cuanto a la mujer asesinada...

Andrew observó que Gerald inclinaba la cabeza, con pesadumbre.

—¿Quién era?

—Janet Snowdon, agente de la «Office of Strategical Services», enviada a San Francisco por orden del Estado Mayor. Llevaba dos meses en «Chinatown», conviviendo entre “gangsters” y tahúres. Ignoro cómo llegó a su poder el programa con el mensaje de tu hermano.

El asombro de Andrew no le permitió pronunciar frase alguna. Desde lo ocurrido en el campamento, que no conseguía olvidar, la personalidad de John aparecía envuelta en el misterio.

—¿Qué más averiguaste?

—Tatsuta Yakumo se surte de opio en el establecimiento desde el que nos atacaron. Su hija Verónica es la que va a recoger la droga.

—¿Verónica? Resulta inconcebible. Su padre... o lo que sea, no tiene aspecto de hombre habituado a los narcóticos.

—Pensé en ello. Tuerce por la primera a la derecha. El número

12 debe estar próximo.

Así era. Howland y Tiller apeáronse del vehículo ante una tienda dedicada a lavar ropa, penetrando en un estrecho y oscuro portal que enlazaba con una escalera de ladrillo.

—Cuidado, Andrew.

La advertencia era innecesaria. Tiller, mientras ascendía por los desgastados peldaños, iba acariciando la culata de su revólver de reglamento, dispuesto si era preciso a vender cara su existencia. En el primer piso, el inspector llamó con los nudillos en una de las cuatro puertas de que constaba. Fue necesario que insistiera con energía para que una mujer de edad madura abriese la amplia mirilla metálica y les preguntase con voz ronca:

—¿A qué viene tanto alboroto?

Howland, que esperaba semejante actitud, repuso:

—Buscamos a un viejo amigo, a Liu Po Cheng.

—Vayan al piso de arriba, al departamento número seis.

Gerald ni tuvo tiempo de manifestar su gratitud a la que le informaba, pues la mujer había cerrado la mirilla al pronunciar la última palabra.

—Ya sabemos dónde vive nuestro hombre —dijo el inspector.

Subieron tres tramos más de escalones, deteniéndose frente a una puerta en cuya parte superior había un seis toscamente pintado. Howland golpeó con el puño en la madera, repitiendo varias veces sin obtener respuesta.

—Quizá no esté en casa —comentó Andrew.

—Vamos a comprobarlo.

El miembro del Servicio Secreto, inclinándose, maniobró en la cerradura con un juego de ganzúas que extrajo de uno de los bolsillos del pantalón. Tiller, que seguía atentamente el trabajo de su compañero, percibió un «clip» metálico revelador de la habilidad de Gerald, quien entró primero, susurrando:

—Echa el pestillo. No conviene que nadie nos sorprenda por la espalda.

Guiándose por el rayo de luz de la linterna del inspector, con las máximas precauciones, avanzaron atentos al menor ruido. En el dormitorio de la casa, Gerald buscó el conmutador eléctrico. Al oprimirlo, los dos hombres pudieron ver un cuerpo sangrante sobre la cama.

—Lo sospechaba —dijo Howland.

Liu Po Cheng estaba muerto, con una profunda herida de arma blanca en el vientre.

—Me recuerda la descripción que Tatsuta Yakumo nos hizo del «harakiri».

Las palabras de Andrew eran fiel reflejo de los pensamientos de Gerald.

—Del suicidio al asesinato hay gran diferencia.

El silencio fue denso, prolongado. Liu Po Cheng se hallaba tendido de espaldas en el lecho, con las ropas empapadas en una sangre que se confundía con los rojos adornos de la colcha. El inspector observó profundas señales en los tobillos y muñecas del oriental. En uno de los rincones había varios trozos de cuerda que Howland cogió, envolviéndoles cuidadoso en su pañuelo.

—Tal vez encontremos huellas.

—¿De mi hermano?

—Es posible. No insinúo que él haya sido el criminal. Sin embargo, es indudable que tuvo alguna relación con Liu Po Cheng.

Gerald invirtió cerca de media hora en registrar la casa con el afán de encontrar algo que orientase sus investigaciones. El instinto le decía que el chino muerto quizá se hubiera llevado a la tumba la clave del misterio que le obsesionaba. Una vez más el fracaso iba a acompañar al inspector.

—Seguimos en tinieblas, Andrew. Es desesperante.

Las palabras de Howland revelaban disgusto, impotencia. Tiller se creyó en el deber de animarle.

—Alguna vez obtendrás éxito.

—Empiezo a dudar de mi capacidad y de mis fuerzas. A William Vance parece habérsele tragado la tierra. A tu hermano también. Tengo la certeza de que el «gangster» huyó herido del restaurante. Mis hombres buscan el taxi sin resultado satisfactorio. No pude leer la matrícula, y es posible que el chofer calle por temor a las represalias.

Los dos hombres, en extraña identidad de ideas, contemplaron de nuevo el cadáver de Liu Po Cheng. Andrew fue el primero en insinuar:

—Parece que oculta algo en la mano derecha, como la mujer de Lisbon Street.

—Sí; veámoslo.

Con la frialdad del hombre habituado a enfrentarse a la muerte, el miembro del Servicio Secreto forcejeó unos instantes, consiguiendo abrir los crispados dedos del oriental. Un botón de los utilizados en los uniformes del ejército, cayó sobre la sábana. Tiller, muy pálido, dijo:

—Otra prueba contra mi hermano. ¿No es así, Gerald?

—Eso parece. Quédate aquí custodiando el cuerpo. Voy a telefonar a la Delegación de la

«O. S. S.»

a fin de que mis camaradas se reúnan con nosotros provistos de los útiles necesarios para que ningún detalle pase inadvertido.

Sin aguardar la conformidad de Andrew, el inspector abandonó la casa del chino. Tiller, inmóvil, con el pensamiento en John, se prometió no desobedecer en un futuro las órdenes de sus superiores. Comenzaba a tener la certeza de la culpabilidad de su hermano, y no quería contribuir a una detención que quizá le condujese al patíbulo.

Por fortuna faltaban sólo horas para que su mujer y su hijo llegasen a San Francisco. Apenas sucediera así, se limitaría a su servicio en el Arsenal de la Marina, dedicando a su familia los ratos libres.

Confortado por tal decisión, esperó el regreso de Gerald, con ánimo de despedirse de él. Pero cuando su amigo volvió no quiso dejarle sólo en la ingrata compañía del muerto.

—Me iré apenas vengan tus camaradas.

—¿Tanta prisa tienes? ¿No esperas a conocer el resultado del examen de las huellas?

—Sí, aunque adivino lo que sucederá.

Gerald no contestó. Sospechaba que el asesino de Liu Po Cheng no era otro que John Tiller.

—Te llevaré en el coche —dijo Howland, evasivo—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. El tabaco calmará nuestros nervios.

Fumaron en silencio, abstraídos. Para el del Servicio Secreto no existía otra angustia, otra zozobra, que la de unas pistas que se esfumaban o eran borradas con sangre. Andrew, por el contrario, preguntábase cómo iba a decirle a Elena que John era un proscrito,

un criminal sin escrúpulos.

Intentaron en vano dialogar de temas triviales para no impacientarse por la tardanza de los miembros de la

«O. S. S.»

requeridos por el inspector. La presencia del infortunado Liu Po Cheng helaba todas las palabras.

CAPÍTULO VI

VISITA NOCTURNA

Una sombra, que el reflejo de la luna agigantaba, avanzó con cautela por entre los altos setos del jardín, deteniéndose junto a un amplio ventanal. Algo brilló en el aire, y el intruso introdujo un afilado cuchillo en el intersticio central de dos recias hojas de madera, de forma que la hoja tropezase con el pestillo. Milímetro a milímetro, sin precipitaciones, fue alzando el arma blanca hasta percibir un sonido sordo, indicador de que el obstáculo ya no existía. Así era.

Las contraventanas se abrieron a una leve presión de las manos del hombre, quien, con la pericia del habituado a tales menesteres, hundió los dedos en sus ropas para sacar un trozo de masillar de las utilizadas por los vidrieros. Pegarla en el cristal y trazar con un diamante un círculo en derredor, fue cuestión de segundos. El que actuaba con la destreza de un hábil ladrón era un hombre alto, ataviado al modo asiático. Su rostro, que continuaba en tinieblas, reflejó satisfacción al retirar el trozo de vidrio pegado a la masilla, y depositarlo a sus pies. Unos dedos firmes hicieron girar la falleba de la cristalera, abriéndola.

Durante unos minutos, el desconocido permaneció escuchando, y convencido de que ningún peligro le amenazaba, saltó con agilidad al interior de la casa. Sus zapatos de goma no produjeron el menor ruido y, a poco, el tenue rayo de luz de una linterna sorda fue recorriendo la amplia biblioteca del domicilio de Tatsuta Yakumo, deteniéndose en la pequeña mesa de fumador.

Orientado sobre la colocación de los muebles, el hombre apagó la linterna, avanzando hacia el tresillo. Un ruido a su izquierda, sobresaltándole, le hizo volverse.

—¡Te estoy encañonando!



Te estoy encañonando...

Guiándose por la voz, el intruso arrojóse sobre al que le amenazaba, apresando a su enemigo por la cintura. En la oscuridad pugnó por derribarle, consiguiéndolo. Los dos rivales cambiaron fuertes puñetazos, sintiendo mutuamente la agitada respiración de

su adversario respectivo.

La lucha era tenaz. El que había violentado la ventana para penetrar en el domicilio de Yakumo, sintió que las fuerzas empezaban a flaquearle, y en un desesperado esfuerzo propinó un izquierdazo a su rival, incorporándose. Apenas lo hubo hecho encendiéronse las luces, y dos exclamaciones casi simultáneas brotaron de los labios de los contendientes.

—¡Gerald!

—¡Andrew!

El militar y el inspector del Servicio Secreto, vencido el asombro, no pudieron reprimir una sonora carcajada. Howland, que había forzado el amplio ventanal, vestía las ropas orientales con las que asistió al teatro chino.

Una voz meliflua, en la que Tiller y el miembro de la «O. S. S.»

reconocieron la de Tatsuta, dijo:

—No es necesario que me rompa los cristales para entrar en mi casa, señor Howland. A cualquier hora del día o de la noche le abriré gustoso la puerta.

Yakumo, en su sillón de ruedas, sonreía al pronunciar tales palabras. Gerald, desconcertado, repuso:

—Pretendía capturar al que deposita plumas estilográficas y raros mensajes en su biblioteca. Me acojo a su benevolencia. Si llama a la policía, sufriré las consecuencias de mis actos.

Verónica, que había entrado detrás de su padre y se hallaba con las manos apoyadas en los hombros de Yakumo, intervino:

—Creo que con su poca airosa situación está sobradamente castigado.

—Nada de eso, hija. Mi concepto de la hospitalidad es tan grande que nuestro nuevo amigo, considerando la casa suya, como en efecto lo es, entró por el lugar más romántico.

El japonés inclinó la cabeza con irónica cortesía. Tiller, cambiando una significativa mirada con la muchacha, acudió en socorro de Howland, explicándole las razones que le impulsaron a solicitar la ayuda de Tatsuta.

—Verónica y su padre conocen toda la historia, así como la rivalidad existente entre mi hermano y yo. No he omitido los crímenes que se le imputan. Un presentimiento me dijo que quizá

John se presentara en el despacho a depositar un nuevo mensaje. Pedí permiso para quedarme en la biblioteca y me lo concedieron. Lo demás puedes comprenderlo. Sentí que alguien entraba y... ¿No reconociste mi voz?

—La excitación era demasiado grande. Sólo pensé en defenderme. Señor Yakumo, le ofrezco toda clase de excusas y reparaciones por lo que no puede calificarse de otro modo que de allanamiento de morada.

Tatsuta, con el gesto cordial que le caracterizaba, repuso:

—En castigo, Verónica le curará, las dos heridas que su amigo le produjo en el rostro. Yo le condeno a tomar en mi compañía una taza de café. Considéreme un colaborador para lo que se relacione con el exterminio de forajidos, aun cuando sean de mi raza. Odio la deslealtad, el engaño y la traición. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Gerald Howland, más dueño de sí, se acomodó en uno de los butacones, frente a Tiller. De pronto, incorporándose, señaló a la abierta ventana:

—Ofrecemos un blanco magnífico desde el jardín. ¿No les importa que cierre?

Verónica Yakumo, con una sonrisa burlona, contestó:

—Temo que padezca manía persecutoria. Su fértil imaginación le hace ver asesinos hasta en el aire. No se moleste. Yo haré lo que desea.

La joven, con airoso andar, aproximóse al ventanal. Al extender su brazo para apoderarse de la falleba, un disparo atronó el silencio de la noche y Verónica Yakumo, con un leve quejido, cayó al suelo. Tiller y Howland se levantaron con rapidez, aproximándose a la muchacha. Andrew salió al jardín, revólver en mano. Consciente del peligro, de bruces en el suelo, miró en todas direcciones antes de ponerse en pie e iniciar la búsqueda del autor del cobarde atentado.

Tensos los músculos, el comandante, procurando no ofrecer oportunidades a su desconocido adversario, anduvo despacio tras los altos setos, temeroso de recibir un proyectil por la espalda. No encontró a nadie en el pequeño parque por lo que dedujo que el agresor; apenas hecho el disparo, tuvo tiempo de escapar por la tapia que separaba la parte posterior de la casa y la calle.

Inquieto por la vida de Verónica Yakumo, fracasada la captura

del que suponía cómplice de William Vance, Tiller penetró en la biblioteca. Al ver a la muchacha pálida y sin sentido sobre el diván del tresillo, creyó que estaba muerta. Las palabras de Howland le tranquilizaron:

—Por fortuna, la bala sólo le rozó la frente, produciéndole un desmayo del que no tardará en recobrase. Prepara *whisky*. ¿Huyó?

—Sí.

Andrew hizo lo que Gerald le indicaba, entregándole un vaso con licor. El del Servicio Secreto, con extraordinaria delicadeza, bajo la mirada de angustia de Tatsuta, vertió el *whisky* por los entreabiertos labios de la joven, y ordenó a Tiller:

—Cierra esa maldita ventana. No acostumbro a descuidar detalle ni padezco manía persecutoria. Hiciste mal en complicar al señor Yakumo y a su hija en lo que sólo puede reportarles peligros. «Mis asesinos» no son producto de una fértil imaginación.

El japonés, al escuchar las anteriores palabras de reproche y burla, apresuróse a pedir disculpas.

—Ha de perdonarnos. Ahora me doy cuenta de que al utilizar mi ventana y no la puerta, pensaba más en nosotros que en usted mismo.

Gerald, satisfecho, fue a responder a Tatsuta, pero un suspiro de Verónica trastocó el orden de sus ideas.

—Ya vuelve en sí.

Tiller, que acababa de cerrar las contraventanas, reunióse con su camarada, sonriendo a la muchacha, cuyo primer movimiento fue llevar su mano derecha a la rozadura de la frente.

—Creo que he escapado de una buena.

—Así es —repuso Howland, con gravedad.

La pausa fue breve. La joven, levantándose, con admirable dominio de sus nervios, dijo:

—Voy en busca del alcohol y algodones para limpiarle las magulladuras del rostro, inspector.

—Será una cura mutua. El proyectil le ha producido una leve huella en la piel.

Verónica abandonó la biblioteca, y Tatsuta Yakumo, cuando hubo salido, manifestó sus temores en voz alta:

—¿Imaginan que corremos algún riesgo? No es mi seguridad la que me preocupa, sino la de ella.

Andrew Tiller permitió que Gerald respondiese a la pregunta del japonés. Estaba molesto con su amigo por el reproche en el sentido de haber complicado a Tatsuta y Verónica en el espinoso problema de espionaje. Quizá pecó de ligereza, pero le disgustaba que Howland hubiese formulado su acusación ante Yakumo.

El inspector del Servicio Secreto, abstraído, encendió un cigarrillo sin ofrecer a los que le acompañaban. Luego, con voz reposada, meditando cada una de sus frases, contestó:

—Usted y su hija deben olvidarse de nosotros, y continuar su vida normalmente. En el caso improbable de que se repitieran los mensajes o hallaran objetos que no les pertenecieran, deben limitarse a telefonearme en tal sentido. Tome mi tarjeta. No permita que Verónica se mezcle en lo que únicamente puede ocasionarle trastornos. La literatura ha deformado la verdad sobre el espionaje y las cuestiones policíacas. Los espontáneos suelen hacer el ridículo o mueren estúpidamente.

Aunque Howland no le miraba, Andrew sintió que un ramalazo de sangre afluyó a su rostro. Era indudable que Gerald estaba enojado con él, a juzgar por sus duras palabras. Tatsuta, con su estereotipada sonrisa, dijo:

—No quisiera que me juzgasen cobarde.

—Se trata de agentes secretos japoneses. Ellos luchan por su patria, señor Yakumo.

Ni un solo músculo se movió en el rostro del oriental.

—Quien dispara contra una mujer no puede ser hijo de mi país.

A partir de entonces, y con la llegada de Verónica, la conversación tomó otros derroteros. Media hora más tarde, Gerald y Tiller abandonaban la casa para dirigirse al coche del miembro de la

«O. S. S.»,

aparcado en una calleja inmediata. Howland, irónico, inquirió:

—¿Vas al Arsenal? Considero absurdo gastar gasolina en llevarte del barrio chino a la ciudad para que apenas me marche hagas a la inversa el mismo recorrido.

Hosco, Andrew ocupó el asiento inmediato del conductor.

—Te pagaré el combustible —respondió.

—Un error puede costar la vida de un hombre, y lo que vale más, el triunfo de algo tan importante como el exterminio de una

organización de espías y sabotadores. Yo no entré en el domicilio de Yakumo para esperar a tu hermano o al hombre que depositó sobre la mesa la pluma estilográfica y el mensaje. Pretendía registrar el despacho y la biblioteca de ese japonés, en el que centro mis sospechas. Tú lo estropeaste todo poniéndoles al corriente del curso de nuestras investigaciones. ¿Confías en Tatsuta y su hija... o lo que sea?

El inspector acomodóse ante el volante y puso en marcha el vehículo.

—Me interesa encontrar a mi hermano.

—¿Para entregarle a las autoridades?

—¡No se trata ahora de eso!

Los dos hombres hablaban secamente, con hostilidad. Howland, conciliador, dijo:

—Es absurdo que nos enemistemos. Límitate a tu trabajo en el Arsenal de la Marina, y no te mezcles en lo que no es de tu competencia. Recuerda las órdenes del Estado Mayor. Hemos puesto sobre aviso a Yakumo, y ya no será fácil entrar clandestinamente en su casa. No concibo que un japonés tan exaltado como él permanezca al margen de hechos que pueden reportar, por el espionaje, beneficios para su país. Resulta muy extraño el hallazgo de la estilográfica y la denuncia sobre el paradero de John. Pienso también que Verónica fue muy oportuna, al cruzar con el coche frente al restaurante de Fourth Street cuando intentamos la captura de William Vance.

—Si son culpables, ¿qué necesidad tenía de invitarnos a su casa?

La pregunta de Andrew Tiller no obtuvo respuesta. El del Servicio Secreto insistió una vez más:

—Tu mejor cooperación es no hacer nada fuera de la misión que te corresponda como jefe del Ejército.

Centellearon los ojos del comandante, y en sus labios apareció una sonrisa irónica. Howland reparó en ella.

—Temo que no estés dispuesto a atender mis palabras.

Tiller contestó burlón, en el afán de irritar al que no había cesado de reprocharle su conducta desde la lucha en la biblioteca de Yakumo:

—Sí para todo tuvieras esa clarividencia, desplazarías al almirante Donovan, convirtiéndote en director de la «Office of

Strategical Services».

—No tengo otras ambiciones que las de servir a mi patria. No sé hasta dónde debo confiar en ti. Hace una hora me comunicaron mis camaradas que las cuerdas tenían las huellas digitales del sargento Tiller, según pudieron comprobar con la ficha que les fue remitida por el Estado Mayor. Es indudable que tu hermano ató a Liu Po Cheng.

—¿Sólo atar? ¿Por qué no eres sincero?

El inspector de la

«O. S. S.»,

parando el vehículo en la Gran Avenida de San Francisco de California, contestó:

—Sobran datos para conducir a John al patíbulo. Sin embargo, ese exceso de pruebas me hace dudar.

—No te entiendo, Gerald.

—Es bien sencillo. O John es un necio incapaz de actuar con inteligencia o deja intencionadamente los rastros para que nosotros, al seguir la pista de sus crímenes, podamos apoderarnos de los miembros del espionaje japonés. Pienso si no estará arrepentido e intenta pagar con su sacrificio errores que exigen el tributo de la vida. La envidia es mala consejera.

Andrew inclinó la cabeza en mudo asentimiento, y, luego de una breve pausa, preguntó:

—¿Por qué nos hemos detenido aquí?

—No creo que te importe tomar cualquiera de los taxis que hay desocupados frente a nosotros. Yo vuelvo a «Chinatown».

Tiller venciendo la hostilidad fruto del anterior diálogo, sintióse inquieto por Howland.

—¿Quieres que te acompañe? Tus enemigos son muchos, y actúan en la sombra. Te prometo no hacer nada sin consultarte. Lo de la familia Yakumo fue una equivocación. No me importa reconocerlo así. Imaginé que mi hermano acudiría al despacho e, incluso, llegué a sospechar que residiera con el japonés y su hija. ¿Vigilarás la casa?

—Es lo que me propongo. Agradezco el interés que te tomas pero mi decisión es irrevocable. Careces de experiencia para el espionaje.

Andrew apeóse del automóvil, tendiendo su diestra al inspector.

—Suerte.

Sin aguardar la respuesta de Howland, anduvo despacio para penetrar en un taxi desalquilado. Durante el trayecto, sus ideas se centraron en torno a su esposa, sintiéndose conmovido.

CAPÍTULO VII

VÍCTIMAS INOCENTES

—¡Elena!

—¡Andrew!

El matrimonio se abrazó estrechamente. Tiller, separándose, preguntó:

—¿Y el niño?

—Aquí está —contestó una voz bronca, a su izquierda—. Un teniente general convertido en niñera.

—¡Papá!

Un hombre, alto, delgado, de facciones angulosas, que llevaba en sus brazos a una criatura, recibió el beso de su hijo.

—Prescindí del uniforme, a fin de que a nadie le extrañase que me comportara como cualquier abuelo. Empiezo a ambicionar una chimenea, una bata y zapatillas de paño, una buena pipa y una caterva de chiquillos rodeándome.

—No digas eso, papá. Cada día estás más joven. ¡No sabes lo que me alegra verte!

—Salgamos. Me molestan las apreturas. Mi ayudante se encargará del equipaje.

—Como quieras. Traje un coche oficial. Dame el niño.

—¡Ten cuidado no vaya a caérsete!

Andrew lanzó una sonora carcajada.

—Creo que irás más tranquilo, llevándolo tú. ¡Eres todo un abuelo!

Tiller, situándose entre su padre y su esposa, les cogió del brazo, dirigiéndose a la salida.

Durante el trayecto hasta el que había de ser domicilio del matrimonio, en el pabellón para oficiales y familiares del Arsenal de

la Marina, el comandante no cesó de hacer preguntas sobre el pequeño con esa curiosidad, plena de ingenua ternura, que los padres sienten hacia sus hijos. Elena reía feliz, el teniente general Douglas Tiller esforzabase en mostrarse jovial, en ocultar sus preocupaciones. En el viaje Washington-San Francisco llegó a pensar que lo ocurrido a John no era cierto, y que le encontraría esperándole junto a Andrew, como en tantas otras ocasiones.

El comandante fue a encender un cigarrillo. Douglas se lo impidió.

—Espera a que estemos en casa. El humo puede perjudicar al pequeño. ¿Te sonríes?

—No, papá —apresuróse a replicar Andrew.

—Ya te advertí que me encuentro al borde de la senilidad. ¡Y no me pesa! Las alegrías que mis hijos me nieguen espero verlas compensadas en mis nietos.

Al pronunciar tales palabras, el veterano militar inclinó la cabeza con pesadumbre, incapaz de dominar la angustia. Andrew dióse cuenta de que en torno a los ojos de su padre, las arrugas eran más profundas, y en sus cabellos las canas más abundantes. Sintió pena por el dolor del hombre bueno que todo lo había sacrificado siempre por el bienestar de su familia para recibir tan triste premio a sus desvelos, al llegar a la senectud.

En el deseo de alejar el recuerdo de John, preguntó:

—¿Vienes destinado o en disfrute de un permiso?

Los labios de Douglas se plegaron en un gesto de cansancio:

—En la guerra no hay permisos. Todos nuestros esfuerzos son pocos para evitar que el enemigo continúe apuntándose triunfos. Hasta ahora la suerte nos es adversa, y los descalabros se suceden uno tras otro en el Pacífico. Tengo fe en la victoria pero la veo muy lejana. Vine a hacerme cargo de los suministros para los ejércitos de tierra, mar y aire. El Estado Mayor quiere intensificar los envíos, a fin de suplir con tanques y cañones la moral que empieza a faltarnos. No es pesimismo y, desde luego, hablo con mi hijo, no con un comandante.

—Comprendo, papá.

Elena, que jamás había visitado San Francisco de California, contemplaba la ciudad a través del cristal de la ventanilla del coche. Al pasar ante el edificio de teléfonos, de veintiséis pisos y ciento

cuarenta y un metros de altura, admiró su agradable aspecto, distinto al de los rascacielos de Manhattan, enormes bloques de cemento, sin las atrevidas ideas arquitectónicas del que tenía ante su vista.

—¿No te importa, Andrew, que demos un paseo por la población?

—Al contrario. Imaginé que estabas cansada.

—No. El viaje fue cómodo.

—¿Por qué no utilizasteis cualquiera de las líneas aéreas?

Elena sonrió al responder:

—Pareces haber olvidado el santo horror de tu padre por los aviones. En Washington, siempre que veía volar un aparato sobre nuestra casa, su frase favorita era: «Ahí va un grupo de suicidas».

—Creo que exageras.

—No —intervino Douglas—. Mis colegas del Ejército del Aire ignoran prevenciones tan poco acordes con mi cargo en el Estado Mayor. Ya sabes que mi apego a la vida es normal. Sin embargo, no vuelo más que cuando es necesario. La guerra impone prisas, y hay que someterse a ellas. En la paz, en mis permisos o desplazamientos normales, no quiero dejarme arrastrar por algo que va degenerando en frenesí, en locura colectiva. Hay quienes hasta para el disfrute de unas vacaciones utilizan el avión. Me agrada a veces sentirme hombre del siglo pasado.

En el interior del vehículo hubo un largo silencio, roto a breves intervalos por comentarios de Elena para manifestar su admiración por los edificios y jardines que hermozeaban la ciudad. El Banco de California, la Sinagoga Emanuel, la Escuela de Medicina, los grandes talleres de construcción de maquinaria, las fundiciones y forja de cobre y estaño, el periódico «Chronicle», la Universidad, el Golden Gate Park, los macizos de flores de la plaza de la Unión, el parque que rodea el presidio, el lago Mountain... Todo desfilaba ante la curiosidad de la esposa de Tiller, quién, una hora después, dijo:

—Podemos ir a casa cuando quieras. ¡He leído tantos relatos del lejano Oeste, que deseaba conocerlo!

Callaron. El chofer militar, a una orden del comandante, emprendió el camino al Arsenal de la Marina, donde no tardaron en llegar. Douglas Tiller, discreto, con el pretexto de darse una ducha

dejó solo al matrimonio, quienes junto al niño se prodigaron frases de ternura, forjando planes para el porvenir. Ella fue la primera en abordar el tema que a todos preocupaba:

—¿Qué hay de John?

Andrew vaciló unos segundos antes de contestar:

—Has de saberlo tarde o temprano, y considero absurdas las ocultaciones. En el campamento de Belmont tuvimos una desagradable escena. A propósito, ¿por qué no me dijiste que te había pretendido?

—¿A mí? ¿Quién te contó tal disparate?

El asombro de Elena hizo comprender a Tiller que su esposa era ajena a lo que le manifestó su hermano.

—Lo supe de sus labios.

Los ojos de la mujer denotaron una mayor sorpresa.

—No considero necesario insistir en que nada sé.

—Te creo.

A continuación, Andrew refirió minuciosamente la historia de la muerte de Romny Polegate y varios soldados, sin omitir los últimos sucesos de San Francisco. Elena no pudo reprimir un comentario en el que se reflejaba honda preocupación:

—Has de prometerme en no mezclarlo en lo que pueda contribuir a su captura. ¡Es tu hermano! Sería terrible que...

Por la mente de Elena pareció desfilas un triste futuro, en una sangrienta proyección de imágenes. Vio a su marido enfrentándose con el que llevaba su misma sangre.

—¡No quiero que mueras, Andrew! ¡Tienes que pensar en mí y en el niño!

El pequeño, cual si participara de los temores de su madre, rompió a llorar, y Tiller, conmovido, inclinóse sobre su hijo al que Elena sostenía en sus brazos.

—¿Le ocurre algo?

Ella sonrió entre lágrimas y repuso:

—Tiene hambre.

La esposa de Andrew, sentándose en una de las sillas, ajena a cuanto le rodeaba y a los problemas que minutos antes le obsesionaron, se dispuso a amamantar a la criatura. Tiller contemplábalas con emoción. Aquel cuadro de familia era inédito a sus ojos...

Los dos hombres se miraron con gravedad. De sus rostros habían desaparecido los gestos cordiales, para dar paso a unas arrugas de preocupación, más ostensibles en el teniente general que en el comandante.

Padre e hijo, con el pretexto de una visita de cortesía, salieron después de comer de la residencia del Arsenal de la Marina para trasladarse a un bar inmediato y, sin el temor de ser oídos por Elena, enfrentarse a la realidad.

—Eso es todo. Hay algo en la conducta de John que me desconcierta, algo que no consigo explicarme. Las pruebas de su culpabilidad son evidentes, desde su inexplicable falta de puntería al disparar contra nuestros agresores de Belmont, hasta las huellas dactilares encontradas en las cuerdas que inmovilizaron al chino. Sin embargo...

Douglas Tiller bebió a pequeños sorbos el contenido de su copa de licor.

—No concibes en tu hermano tales actos de crueldad, ¿verdad? Él es incapaz de hacer daño a un ser indefenso. Su carácter irritable le convierte en hombre de reacciones primitivas; pero nada más. Se puede traicionar a la patria por ambición, sentir odio y envidia contra quien lleva idéntica sangre, matar en un ataque de cólera. Nada de lo dicho es comparable a la cobardía de asesinar a quién atado no es capaz de defenderse. Los que venden a la patria y sirven a intereses extraños son execrables, lo que no significa que sean cobardes. La cobardía es una debilidad, una falta de sentido viril que no tiene que ver con los que, como John, se dejan arrastrar por pasiones, y sí con los que por falta de ellas se convierten en seres cerebrales, incapaces del arrebató por falta de hombría. ¡Él no pudo apuñalar a Liu Po Cheng!

—Eso creo yo también, papá.

La pausa fue larga. Andrew miró en derredor suyo. El bar hallábase poco concurrido en las primeras horas de la tarde.

—¿Vigila a Verónica y a Tatsuta Yakumo ese inspector de que me has hablado?

—Sí. ¿Sospechas de ellos?

—Celebro haber venido a San Francisco.

—¿Piensas investigar?

—No. La

«O. S. S.»

no necesita aficionados. Estoy de acuerdo con tu amigo. Lo que sí haré es obligarte a que permanezcas al margen de lo que no sean tus deberes militares. ¿Qué ocurre ahí fuera?

Dos detonaciones provocaron en los que ocupaban el establecimiento una curiosidad compartida por algunos transeúntes. Douglas fue de los primeros en salir a la calle. Ante él, un taxi, y en la cabina del conductor un hombre, de bruces sobre el volante.

Tiller, sin vacilaciones, abrió la portezuela, izquierda del vehículo alzando entre sus manos la cabeza del chofer, que le miró con ojos vidriados por la muerte. Al ver el uniforme del que acudía en su socorro, dijo:

—Me ha asesinado el mismo al que ayudé a escapar en Fourth Street... Llevaba dos días amenazándome para que no saliera a prestar servicio, a fin de que no le delatase... Hoy me llamó por teléfono, citándome aquí... Hizo fuego desde un automóvil en marcha... Yo...

Agotado por el esfuerzo, el moribundo guardó silencio, mientras por las comisuras de sus labios se deslizaban débiles hilos de sangre. Andrew, consciente de la gravedad de la situación, deseando saber qué era lo que el taxista podía decir que comprometiese a William Vance, inquirió:

—¿A dónde le condujo? Ese «gangster» iba herido.

—Un proyectil le alcanzó en un brazo, creo que en el izquierdo. Le llevé a...

Un golpe de tos interrumpió al chofer, cuyo rostro reflejaba dolor. Tiller, olvidándose de lo que no fuese la obtención de un dato que pudiera facilitar la captura de Vance, seguro de la muerte del que, con las manos crispadas, esforzándose en hablar, le apremió:

—¡Siga!

Apenas hubo pronunciado tal palabra, arrepintiéndose de ella por lo que tenía de egoísmo, de falta de caridad para con el prójimo. No pudo rectificar. El conductor del «taxi» contorsionó el tronco, para desplomarse sin vida sobre el asiento.

Andrew, pálido, apartóse unos pasos, tropezando con Douglas, que había presenciado los esfuerzos de su hijo por conseguir un dato sobre el paradero de William Vance.

La gente, al aglomerarse en torno al lugar del crimen,

interrumpía la circulación por la calle y la acera. Pronto dos fornidos «corps» alejaron a los curiosos, y encarándose con el comandante, le preguntaron, tras un respetuosos saludo:

—¿Presenció usted lo ocurrido?

—No. Estaba en el bar cuando sonaron los disparos.

—¿Encontró a la víctima con vida?

—Sí.

—¿Dijo algo de interés para la justicia?

—Murió sin pronunciar palabra. Si me necesitan, pueden encontrarme en el Arsenal de la Marina. Tomen mi tarjeta.

Entregó lo que indicaba al policía, alejándose con Douglas que, vestido de paisano, presenciaba la escena desde corta distancia. Los dos hombres entraron de nuevo en el bar, acomodándose frente a la mesa que anteriormente ocuparon.

—¿Por qué mentiste, Andrew?

—Prefiero no complicar más las cosas. Hablaré por teléfono con Gerald Howland para decirle que no busque más el taxi en el que huyó Vance. Tal vez el que acaba de morir esté casado, y su esposa pueda facilitar alguna pista.

—Buena idea.

—¿Te importa que llame ahora mismo?

—Al contrario. Lo más lamentable del espionaje es que siempre ocasiona víctimas inocentes.

Tiller se dirigió a la cabina telefónica del bar para ponerse al habla con Gerald Howland. No confiaba en hallarle en su despacho, y por ello fue grande su alegría al oír a través del hilo la voz del inspector del Servicio Secreto.

—¿Quién llama?

—Andrew. He de darte una noticia. El destino continúa haciéndome protagonista del caso que tú pretendes monopolizar. ¿Me oyes?

—Sí. No te interrumpo para no demorar el conocimiento de lo sucedido. ¡Habla!

Dándose cuenta de la curiosidad de Howland, Tiller, al escuchar el imperativo, sintió el deseo de irritarle.

—Primero dime lo que sepas con respecto a Verónica y Tatsuta Yakumo.

—¿Es una exigencia?

En la voz del miembro de la
«O. S. S.»

vibraba una mal reprimida cólera que regocijó a Andrew.

—Nada de eso. Sólo pretendo demostrarte que pierdes el tiempo vigilando al japonés y a su hija.

—Voy a colgar, Tiller. No me gustan los acertijos.

—¿Serías capaz de hacerlo? —preguntó, irónico, el comandante —. Te reservo una gran noticia.

—¡Suéltala de una vez!

Andrew, regocijado, hizo una breve pausa, pareciéndole escuchar la agitada respiración de Gerald, que pugnaba por contener el enojo. Al fin, considerando que llevaba la broma demasiado lejos, y que los segundos podían ser preciosos para la captura de William Vance y los miembros del espionaje enemigo, refirió al inspector el atentado de que fue objeto el taxista y sus últimas declaraciones, terminando:

—Si ese hombre estaba casado, quizá su esposa sepa lo que nos interesa. Al menos ésa es mi opinión, y así se lo he manifestado a mi padre hace unos momentos.

—¿Llegó ya a San Francisco?

—Sí. Estaba conmigo cuando mataron a ese pobre hombre. ¿No te importa aceptar la ayuda de un intruso? Los aficionados acostumbramos a estropearlo todo, según tu opinión. ¿Empiezas a modificarla?

—En absoluto. Antes manifestaste interés por Tatsuta y Verónica. Sin darme tanta importancia como tú, he de decirte algo que supera en interés a lo que acabas de contarme. Tatsuta Yakumo se halla desde el comienzo de la guerra en Dakota del Norte, en un campamento de prisioneros situado al oeste del río Rojo, en las proximidades del lago del Diablo. Jamás tuvo hijos ni padeció enfermedad alguna, al menos de carácter incurable.

El estupor de Tiller fue tan grande, que durante unos minutos no acertó a contestar a Howland, quien, en tono burlón, le preguntó:

—¿Te quedaste mudo? Escúchame. Esta tarde, a las siete, iremos a visitar a Tatsuta y a Verónica, quienes nos obsequiarán con una taza de té. Así acaba de decírmelo por teléfono la muchacha, a la que he anunciado nuestra visita.

—¿Nuestra? —inquirió Andrew, con asombro.

—Sí. Ellos continuarán en libertad mientras nos interese. Bajo ningún concepto deben suponer que conocemos su falsa situación. Llamándome me has evitado un viaje al Arsenal de la Marina. Los teléfonos de los centros militares pueden estar controlados por informadores de los diferentes Servicios Secretos. Te hablo ahora con claridad porque utilizas un aparato del servicio público. Repito que nada deben sospechar Verónica y Tatsuta. Si vamos los dos, daremos a nuestra visita un carácter particular, amistoso. Espero que ellos nos conduzcan a William Vance, a tu hermano y al nudo principal del espionaje japonés. Ya cambiaremos más impresiones. Pasaré a recogerte con el coche a las seis y media, frente al edificio de Teléfonos.

Sin aguardar la conformidad de Tiller, Howland colgó el auricular. El comandante, imitándole, salió de la cabina sonriendo al ver las caras de enojo de los tres hombres que esperaban turno ante la puerta de cristales.

Mientras caminaba para reunirse con su padre, Andrew pensó ocultarle la noticia recibida de labios del inspector, así como la proyectada visita al domicilio de Tatsuta.

—Hecho, papá. ¿Nos vamos?

—A tu gusto.

Douglas, luego de abonar al camarero el importe de lo consumido, del brazo de su hijo abandonó el establecimiento.

—¿Tomamos un taxi o prefieres que regresemos dando un paseo?

—Opto por lo último. Llevo una vida demasiado sedentaria. ¿Sabe algo nuevo tu amigo?

—Nada me ha dicho.

Caminaron en silencio por las amplias calles de la ciudad, conversando de temas diversos, en especial militares.

—Mañana me haré cargo de la Jefatura de San Francisco. Me molestan los actos oficiales. No tendré más remedio que soportar tres o cuatro discursos.

—¿Cuál es, en realidad, tu cometido?

—Ya te lo dije. Tendré a mi mando todo lo concerniente al envío de tropas y material para los tres ejércitos. El Estado Mayor, además, me ha convertido en un auténtico dictador. Nada se hará sin mi firma. En realidad soy el jefe supremo de las fuerzas y los

suministros de California. Un cargo tan importante como molesto.

Dos horas después, Douglas y Andrew se hallaban en la puerta del Arsenal. Los soldados que montaban la guardia saludaron al comandante, ignorando la personalidad del que le acompañaba.

—Elena se alegrará de que volvamos tan pronto, papá.

—Sí. Creo que adivinó la verdadera causa por la que la dejamos sola.

Cruzaron un gran patio para penetrar en un ancho portalón de daba acceso a las residencias de los oficiales y sus familias. El departamento de Tiller estaba situado en el primer piso. Andrew introdujo el llavín en la cerradura, alcanzando un amplio vestíbulo del que partía un corredor que enlazaba con las habitaciones interiores. Un soldado, ordenanza del comandante, se incorporó al verles.

—A la orden. Su esposa dijo que regresaría pronto.

—¿Mi esposa? ¿Ha salido?

—Sí, señor.

—¿Y el niño?

—Lo llevaba en sus brazos.

Un terrible presentimiento asaltó a Andrew. Su padre apresuróse a tranquilizarle:

—Tal vez haya ido a casa de alguno de tus compañeros. Las mujeres suelen ser muy cumplidas. ¿Se escucha desde aquí el timbre del teléfono, muchacho?

El ordenanza de Andrew Tiller, cuadrado militarmente; repuso:

—Sí, señor. Sonó minutos antes de que saliera la esposa del comandante.

—Sin duda fue una mujer de alguno de los pabellones inmediatos. ¿Cuántos años estáis casados?

—Cinco —respondió Andrew.

—Manda a tu ordenanza en busca de Elena.

El soldado, obedeciendo las instrucciones de su jefe, abandonó el domicilio. Andrew, más tranquilo, ofreció cigarrillos a su padre.

—¿Quieres?

—Sí. La muerte de ese pobre chofer nos impresionó, y vemos asesinos y raptos por todas partes.

Fumaron en silencio hasta el regreso del ordenanza, quien, con sus palabras, llenó de congoja los corazones de los dos Tiller.

—El oficial de guardia me ha dicho que vio salir a su señora del Arsenal. No quiso utilizar el coche alegando que iba cerca.

La alarma aumentó en el rostro de Andrew.

—¡No conoce a nadie en San Francisco! ¡Sin duda le han tendido una trampa!

—Cálmate, hijo. Es posible que...

El timbre del teléfono interrumpió a Douglas. El comandante, con paso rápido, seguido de su padre, fue al despacho, descolgando el auricular.

—¿Quién llama?

—Soy yo.

—¡Elena!

La voz de Andrew reflejaba tal alegría, que Douglas se tranquilizó al oírle. Murmuró:

—Yo también tuve miedo de que...

Su hijo no le escuchaba, atento a las incomprensibles frases de su esposa.

—No te alarmes. No me ocurre nada. Estoy con el niño en sitio seguro. Tardaré unos días en reunirme contigo. ¡Déjame seguir! No puedo explicarme con más claridad pero...

—¡Basta de misterios! ¿Te amenazan para que hables así? Diles que si os sucede algo a ti o al pequeño, no tendré piedad de ellos. ¿Te engañaron...?

Un «clic» lejano indicó al joven militar que Elena había cortado la comunicación. Lo hizo él a su vez, febrilmente, y marcando un solo número, ordenó al sargento de la centralita:

—Soy el comandante Tiller. A cualquier costa necesito saber desde qué teléfono me han hablado. Si es preciso, bajo mi responsabilidad, utilice el nombre del Servicio Secreto. ¡No se demore! ¡Es cuestión de vida o muerte!

De nuevo depositó el auricular en la horquilla, volviéndose a su padre que, muy pálido, le interrogaba con el gesto. En breves palabras le informó de su diálogo con Elena, terminando:

—Ahora intentarán presionarme para que sirva a sus intereses por encima de los de la patria. ¡Me tienen en su poder!

El teniente general Tiller encajó la mandíbula en un vano esfuerzo por contener una ira que pronto había de transformarse en profunda congoja.

—No sacrificarán sus vidas.

—¡Ya conoces sus procedimientos! Cuando Elena y el niño no les interesen como rehenes, aparecerán muertos en cualquier calleja o flotando sobre las aguas de la bahía.

Douglas no se atrevió a contradecir a su hijo. Él participaba también de tan trágicas ideas, y sus frases de ánimo no pretendían otra cosa que devolverle la moral.

—Hay que tener fe en la Providencia.

Tan absortos y silenciosos estaban los dos hombres, que les sobresaltó el sonido del timbre del teléfono. Andrew se puso al habla con el suboficial de Transmisiones para recibir una noticia desalentadora:

—Me comunican que efectuaron la llamada desde un locutorio público de la calle Knok, esquina a la de Cambridge.

—Gracias.

Colgó el aparato, permaneciendo pensativo.

—¿No hubo éxito?

—No.

Douglas Tiller extrajo de uno de sus bolsillos una bolsa de tabaco, y llenó su cachimba. Mientras la encendía, pensaba en su nuera y su nieto. ¿Qué hacer para salvarles?

—Es inútil que visitemos ese locutorio —opinó—. Todos suelen estar muy frecuentados. Además, sus raptos habrán previsto tal contingencia. ¿Denunciamos el hecho a las autoridades?

—No conseguiríamos resultados prácticos. Este asunto incumbe al Servicio Secreto. Me entrevistaré con Howland, y decidiremos lo que más convenga. Supongo que no me recordarás la prohibición de mezclarme en lo que me afecta, no sólo por mi hermano, sino también por mi mujer y mi hijo.

Douglas aspiró varias veces el humo de su pipa antes de contestar. Luego, con voz reposada, dijo:

—Aunque me creyeras loco o cruel, mi deber sería encerrarte en un calabozo del Arsenal, con centinelas a la vista para que no escapases.

Andrew, conocedor del recio carácter de su padre y de que jamás tomaba decisiones sin meditarlas, inquirió:

—¿A mí? ¿Por qué?

La extrañeza del comandante era fingida.

—Para librarte de ti mismo. Sabes que no me refiero a tu integridad física, y sí a algo de más importancia. Dentro de unas horas, de unos días o de unas semanas, Elena volverá a llamarte. Tal vez lo hagan sus secuestradores. Entonces te pedirán lo que no te es permitido. La amenaza del asesinato de los tuyos, que son míos también, no debe convertirte en un traidor. Te habla el jefe y el padre. ¡Prefiero enterrar a todos los que llevan mi sangre antes que avergonzarme de ellos! Piensa que tus enemigos van a valerse de los que amas para que les facilites información militar, y quién sabe si planos del Alto Mando. Por vez primera me dejo dominar por el sentimentalismo. ¡Has de darme tu palabra de honor de que no...!

—¡No me exijas que les sacrifique!

Endurecióse el rostro del veterano militar, cuyas facciones adquirieron pétrea inmovilidad. Sus ojos claváronse inquisitivos en los de Andrew.

—¡Calla!

Douglas comprendía lo que pasaba en el alma de su hijo, mas su deber y su honor le impulsaban a mostrarse despiadado, inflexible.

—La vida de un militar vale poco. Tú y yo nos sacrificaríamos gustosos por Elena y el niño, pero nada nos autoriza a sacrificar a cientos, quizá a miles de soldados que pueden morir si el enemigo conoce la ruta de un convoy o el lugar de un próximo desembarco.

—Comprendo, papá. Perdóname.

Douglas, con una sonrisa de cariño, sintiendo que el gozo inundaba su espíritu, puso su mano sobre el hombro de Andrew.

—Prométeme que me tendrás al corriente de todo.

—Prometido.

—Sé que cumplirás tu palabra, y ello me tranquiliza. Ve a entrevistarte con el inspector Howland. Yo iré a hablar con el jefe del Servicio Secreto militar de San Francisco para contarle lo ocurrido. Pretendo que establezcan un control riguroso de llamadas al Arsenal. Hemos de saber desde qué lugares se ponen en contacto contigo.

Andrew vaciló unos momentos para terminar confiando a su padre la noticia recibida por teléfono en el bar, sobre Tatsuta y Verónica Yakumo.

—Tal vez ellos nos conduzcan a Elena —comentó después.

—No te precipites, y sigue los consejos de Gerald Howland. Tengo buen concepto de ese hombre. Posee una virtud de las que más admiro: sabe esperar. Una última advertencia. Es posible que a Elena y al pequeño no les ocurra nada. Sería absurdo que se salvaran mientras tú te lanzas estúpidamente en medio del peligro, sin posibilidad de éxito. Creo que la iniciativa corresponde al inspector. Suerte, hijo. ¿Te llevo en mi coche o vas a utilizar el tuyo?

—Prefiero un taxi. Howland me recogerá a las seis y media, con su automóvil.

Douglas y Andrew se separaron junto a la puerta de entrada. El joven, consultando su reloj de pulsera, se dijo que disponía de cerca de una hora, y pensativo, anduvo por las espléndidas avenidas de la ciudad en dirección al edificio de Teléfonos, donde llegó con quince minutos de anticipación.

CAPÍTULO VIII

HABLANDO TRAS UN ANTIFAZ

—El padre de Verónica era un acaudalado comerciante de Tokio, con el que me unía una entrañable amistad. Hombre a quién le gustaban mucho los niños, tuvo la desgracia de que su esposa sufriera un accidente de automóvil que la imposibilitó para tener hijos. Por si ello fuera poco, contrajo más tarde una grave enfermedad cardiaca. En el matrimonio no se quebró la felicidad merced al mutuo cariño que profesábanse los esposos. Para no alargar demasiado la historia les diré que mi amigo, en su afán porque alguien perpetrara su apellido, frecuentó íntimamente el trato de una inglesa, y de tales amores clandestinos nació Verónica. Él quiso reconocerla creyendo que su mujer lo ignoraba todo, pero le demostró lo contrario. Ella era conocedora de lo que calificaba como devaneos impropios de un hombre digno. Yo le convencí de que si sabía lo del nacimiento de la niña era fácil que un colapso terminara con su vida o, en el mejor de los casos, el dolor la fuese aniquilando poco a poco. Las mujeres, y no las reprocho, no perdonan nunca a los hombres que obtienen por otro conducto una felicidad que se consideran obligadas a proporcionar.

Tatsuta Yakumo hizo una larga y estudiada pausa. Gerald Howland y Andrew Tiller no juzgaron oportuno interrumpirle. Verónica, junto al mueble bar de la biblioteca, manipulaba con varias botellas de licor para ofrecer a sus invitados un combinado. El ventanal que comunicaba con el jardín hallábase cerrado.

El japonés ofreció «abdullahs» al inspector del Servicio Secreto y al comandante, quienes encendieron complacidos los aromáticos cigarrillos. Después, con voz pausada y una sonrisa en su hermético rostro, prosiguió:

—El afecto que experimentaba hacia el padre de Verónica, afecto al que antes me referí, me impidió rechazar la súplica de que reconociese a la criatura como hija mía, lo que hice. Se mantuvo el secreto entre el matrimonio, y yo no mostré en público la criatura a fin de que nadie sospechase la verdad al notar la ausencia total de rasgos asiáticos en la recién nacida. Mi madre se ocupó de Verónica, y a su fallecimiento, la cuidó una mujer contratada para tal fin. Una epidemia de cólera se llevó a mi amigo, dejando viuda a la que, por lógica, debía haberle precedido en la muerte. Sin embargo, ella no tardó en reunirse con su esposo.

Las facciones de Tatsuta parecieron perder rigidez.

—¡Quién iba a decirme que lo que acepté por amistad y por qué no decirlo, casi con desagrado, constituiría el apoyo de mi vejez! Ahora ya conocen lo que parece un misterio y es una historia sentimental sin trascendencia.

Durante la última parte del relato, Tiller, que había observado a la muchacha, creyó ver una sonrisa sarcástica en sus labios. Pese a la advertencia y a los consejos de Howland para que conservara la calma, el recuerdo de Elena y el niño, asaltándole continuamente, amenazaba enloquecerle. Con pulso firme, que contrastaba con la extraordinaria inquietud de su alma, golpeó el cigarrillo en el cenicero de plata. Le repugnaba la hipocresía de Tatsuta y Verónica.

—¿Lleva mucho tiempo en San Francisco?

La pregunta de Tiller no fue respondida en el acto.

—Su compañero puede contestarle mejor que yo. Desde hace dos días no deja de interrogar a mis vecinos. Por cierto que aún no le he dado las gracias. Me tranquiliza saber rodeado mi domicilio de miembros del Servicio Secreto americano. Es consolador que el gobierno se preocupe de tal modo por mi seguridad.

La burla era tan evidente que Gerald palideció por el esfuerzo que hubo de realizar para seguir el plan trazado de antemano, y no proceder a la detención de los dos impostores.

—Celebro que comprenda cuáles son nuestras verdaderas intenciones con respecto a usted y su hija. A propósito, ¿tiene algún hermano?

—Sí, cuatro, todos jefes del ejército japonés. De no haber sido por mi parálisis, estaría junto a ellos.

—Hay otras formas de servir a la patria. ¿No lo cree así, señor

Yakumo?

—Desde luego —repuso el aludido, sin desconcertarse.

Gerald sostuvo la mirada de Tatsuta quien, no obstante haber reparado en la vigilancia de que era objeto y en la oculta intención de las palabras de su interlocutor, permanecía impasible.

—Los combinados.

Verónica entregó dos copas al del Servicio Secreto y al comandante. Los dos hombres se miraron, asaltados por idéntica duda. Ella, al observar tal vacilación, agregó:

—Salvo la dosis de arsénico son inofensivos. Beban sin miedo.

Andrew depositó la copa sobre la mesa de fumador. Gerald, apurando de un sorbo el contenido, dijo a su amigo en tono jovial:

—Si nada me ocurre podrás imitarme. La mezcla tiene buen sabor.

Tatsuta Yakumo, volviéndose a la muchacha, le reprochó:

—Terminarás asustando a estos señores. Si quieres que vuelvan a gozar de nuestra hospitalidad, no has de amenazarles con venenos. ¿Le sentó bien el combinado, señor Howland?

—Perfectamente. ¿No han vuelto a recibir noticias de John Tiller?

—No. Por fortuna parece haberse olvidado de nosotros. ¿Se marcharán ya?

Los dos hombres, que acababan de ponerse en pie, asintieron. Verónica tomó la copa que Andrew no quiso probar, ofreciéndosela:

—No me desaire. He de advertirle que existen tóxicos cuya acción comienza horas después de ser ingeridos.

Tiller, molesto, sin ocultar sus sentimientos, contestó:

—No tengo sed.

—Bien. Entonces...

La muchacha bebió el licor dejando caer la copa al suelo. El cristal, al romperse, produjo un ruido sordo.

Todos se miraron, y la hostilidad presidió un silencio más elocuente que todas las palabras. Gerald dijo:

—Ha de perdonarme, señor Yakumo, pero por un segundo he creído ver su rostro cubierto por un antifaz. También el de Verónica.

—¿Insinúa que no somos sinceros con ustedes?

—Me limito a expresar mis ideas en voz alta. Me desagradaría

que nuestra próxima entrevista no fuera tan cordial como las anteriores.

Tatsuta inclinó levemente la cabeza en una reverencia que distaba mucho de ser afectuosa.

—Celebro que, como los japoneses, sea usted amigo de los símbolos en el lenguaje. La sinceridad americana me resulta grosera. No necesito repetirle que me tiene a su disposición.

—No lo olvidaré. Hasta pronto.

Tiller y Howland estrecharon la mano de Verónica en el amplio vestíbulo que comunicaba con el exterior. Al acercarse a la puerta de salida, Andrew vio una hoja de block cuya blancura contrastaba con el amarillo oscuro del pavimento. Inclinóse a recoger el papel, y pudo reconocer la letra de su hermano en una sola palabra, escrita entre admiraciones y con gruesos caracteres.

—«¡Peligro!», leyó en voz alta.

El inspector del Servicio Secreto, excitado, abrió la puerta y, seguido de Andrew y Verónica, alcanzó la calle, mirando en todas direcciones.

La muchacha al observar que dos automóviles se aproximaban a la casa, muy pálida, dejándose guiar por el instinto gritó:

—¡Cuidado!

Los dos hombres arrojáronse a tierra. Gerald preocupóse de derribar a la joven. Apenas en el suelo, varias ametralladoras manejadas por hombres ocultos en el interior de los vehículos entonaron un trágico himno de muerte. Los proyectiles acribillaron las paredes de ladrillo del edificio habitado por Yakumo. Los revólveres aparecieron como por arte de magia en las manos de Howland y Tiller, quienes no pudieron utilizarlos porque los coches se alejaban ya a gran velocidad.

El miembro de la

«O. S. S.»,
incorporándose, enfundo el arma.

—Gracias, Verónica.

La muchacha, sacudiéndose el polvo del vestido, repuso burlona:

—No es a mí a quién deben la vida, sino al hermano de Andrew. Me impresionó su aviso, y por ello pude darme cuenta de la agresión segundos antes de que se perpetrara. Además, quiero que el veneno surta efecto en Gerald. ¿Pasan de nuevo? Les prepararé

otro combinado con arsénico.

—Lo tomaremos en cualquier taberna de «Chinatown».

—Lleven cuidado. Estas calles suelen ser peligrosas.

La joven, con una forzada sonrisa, penetró en su domicilio dejando en la puerta a Tiller y al inspector.

—¡Me repugna esta farsa, Gerald! Mientras tú y yo perdemos el tiempo en visitas, exponiéndonos a morir sin gloria, Elena y mi hijo tal vez nos necesiten.

En las frases de Tiller había más dolor que reproche, Howland, conmovido por la tristeza que reflejaba el rostro de su amigo, contestó:

—No es bueno precipitarse. Hace dos horas me comunicaron desde Washington que tres agentes especiales colaboran con nosotros en el más completo anónimo. Confiamos en que ellos tengan suerte. Al Alto Mando no le interesa la captura aislada de uno o varios miembros del espionaje enemigo. Se pretende aniquilar a toda la organización, imagino tu sufrimiento y quisiera ayudarte, pero las órdenes no deben ser desobedecidas. Sé lo que estás pensando. Pero no conoces a los japoneses. Aunque te apoderaras de Tatsuta y, olvidándote del honor, le torturases, no conseguirías nada. Los hombres que son capaces de hacer de la muerte una tradición heroica, no sucumben ante dolores físicos. Y desde luego el fin no justifica los medios, y un militar no es un asesino.

Las palabras de Gerald impresionaron profundamente a Andrew.

—¿Qué me aconsejas?

—Esperar.

—¡Esperar! Resulta fácil cuando nada se teme, cuando los seres a los que uno quiere están a salvo. ¡Se trata de mi mujer y mi hijo! ¿No lo comprendes?

Howland inclinó la cabeza, agobiado por las razones de su camarada. Al responder, su voz denotaba pesar:

—¡Si supiéramos el paradero de William Vance!

—Volvamos al teatro chino. ¿Tienes autoridad para hacer un registro?

—El Servicio Secreto goza de amplias atribuciones. Si intentaran impedirnos entrar, nos abriremos paso por la fuerza.

—¿Viste la matrícula de los coches?

—No me ocupé de ello. Los «gangsters» acostumbran a utilizar automóviles robados. ¿Vamos, Andrew?

—Cuando quieras.

Los dos hombres subieron al vehículo de Gerald, quien, al volante, mientras ponía en marcha el motor, dijo:

—El chofer que mataron carecía de familia, y habitaba en una pensión de la calle del Mercado, cerca de la Bahía. Otra pista que se borra.

Conforme avanzaban hacia el lugar donde Tiller vio a su hermano ocupando el puesto del infortunado Liu Po Cheng, el inspector del Servicio Secreto, pensaba en la conveniencia de solicitar ayuda de sus compañeros. Si William Vance se hallaba escondido en el teatro chino, no se entregaría sin lucha. De ser uno de los que intentaron asesinarles a la salida del domicilio de Tatsuta Yakumo, tuvo tiempo para regresar a su escondite con los hombres que le acompañaban.

—Si te ves obligado, Andrew, dispara a matar...

CAPÍTULO IX

¡SABOTAJE!

El leve rumor de la marea ahogaba en parte el ruido de la motora en la que, silenciosos, cinco hombres, sentados en los bancos centrales, avizoraban en la noche con el temor de ser descubiertos por alguna de las lanchas rápidas que la Metropolitana tenía de vigilancia en las costas, a fin de impedir el contrabando. De vez en vez, las sombras eran rasgadas por reflectores del ejército, unos en prácticas y otros pertenecientes a las defensas aéreas y marítimas.

En popa, conduciendo la embarcación, John Tiller meditaba. A sus pies, dos mochilas del ejército.

—Tomad uno el timón. He de preparar los explosivos. William Vance me encargó que lo hiciera. Habrá que continuar a remo para que el motor no nos delate a los centinelas del arsenal.

Uno de los que le acompañaban, se hizo cargo del mando de la gasolinera y John, inclinándose, se recostó en uno de los laterales para manipular en varios artefactos metálicos. Bromeó en voz alta:

—Si establezco un contacto equivocado, volaremos todos. ¿Qué os parece la idea? La sociedad no iba a perder gran cosa.

—Pero nosotros, sí —repuso uno de los más inmediatos a Tiller.

El joven sargento sonrió despectivo, prosiguiendo su tarea sin más comentarios. Le repugnaba el contacto con aquellos seres, sin moral ni escrúpulos, capaces de cualquier cosa por conseguir un puñado de billetes, en la mayoría de los casos manchados de sangre. Desde los trágicos sucesos del campamento de Belmont, su vida fue un continuo sobresalto, siempre cara a la muerte. Al pensar en su padre, su hermano, Elena y sus amigos, un rictus de amargura surcó sus labios. Para todos era un traidor, digno de la cárcel o el

patíbulo. Deseando calar en las ideas de sus camaradas de crimen, dijo:

—William Vance supo lo que hizo quedándose en «Chinatown». Lo más probable será que los militares nos reciban a tiros. Coged ya los remos.

El motor se paró, y la embarcación, mecida suavemente por las olas, merced a la inercia, avanzó unas yardas. Cuatro de los «gangsters» se acomodaron de forma que les fuese fácil bogar hacia tierra, sujetando a babor y estribor las anchas palas de madera que, movidas por manos robustas, comenzaron a batir el agua.

—Por vez primera van a salirme ampollas en las manos por algo distinto al roce de la culata de un revólver.

Algunos rieron, pero el silencio tornó a imperar entre los fuera de la ley.

El cielo, cubierto a ráfagas por nubes bajas, ofrecía un hermoso aspecto por los bruscos contrastes de luces y sombras. La luna iluminaba a pequeños intervalos el Pacífico. Un viento suave, al acariciar el rostro de John, serenándole, le hizo mirar el futuro con optimismo, pese a lo cual comenzó a angustiarse el recuerdo de los muertos en el campamento, y después, Liu Po Cheng y Janet Snowdon, la mujer asesinada en el barrio chino cuando iba a entregar a Andrew su mensaje, advirtiéndole del peligro que corría.

Lejana, como una nube más, comenzó a perfilarse la costa. Tiller, dando la espalda a los que remaban, contempló abstraído el surco que la motora iba abriendo a su paso, y que cerrábase a los pocos segundos entre un remolino de espumas. Pensó que la vida no debía ser como una raya en el agua sino algo fecundo, con obras que no se borrarán fácilmente.

Un leve resplandor le hizo volverse airado a uno de sus hombres que, sin soltar el remo, intentaba encender un cigarrillo con un mechero automático.

—¡Apaga eso, imbécil! ¿Quieres que nos descubran?

El aludido apresuróse a obedecer, mascullando ininteligibles palabras. Los nervios de los que ocupaban la embarcación, tensos, eran fiel reflejo de lo peligroso de la empresa que se disponían a emprender. John, siguiendo un plan preconcebido, quiso desmoralizar a los que, en ausencia de William Vance, se hallaban bajo sus órdenes.

—No olvidéis que el éxito dependerá de la rapidez con que actuemos. Después de los sabotajes de Belmont, la policía militar vigila estrechamente los centros vitales del ejército. Son hombres seleccionados. No se trata de una lucha de «gangsters», sino de algo más serio. Yo me ocuparé de colocar los explosivos. Vosotros cubridme las espaldas. Echad a suertes para ver a quién le corresponde quedarse de guardia en el bote. ¿Alguna objeción?

Tiller no obtuvo respuesta. A sus oídos llegaba el rumor de las olas al chocar contra las rompientes.

—Atracaremos a cien yardas del Arsenal.

Con pulso firme, John condujo la gasolinera hasta una pequeña ensenada.

—Sujetar la embarcación a una de las rocas.

Realizada la maniobra, Tiller tomó en sus manos las dos mochilas, y seguido de tres hombres, dos de ellos provistos de pistolas y porras de goma, y el tercero armado con una metralleta, avanzó entre los peñascos.

—Suerte —les deseó el «gangster» de guardia, en la motora.

En cabeza del reducido grupo, John, llevando en alto los explosivos, caminaba despacio, atento a cualquier peligro. El terreno era abrupto, y estaba resbaladizo a causa de la humedad. Al alcanzar un ancho sendero, deteniéndose, dijo con voz tenue a uno de los que le acompañaban:

—Al final de este camino hay un centinela. Ya sabes lo que tienes qué hacer. ¡No es necesario que le asesines! Bastará un buen golpe.

—Los muertos no hablan.

John, fulminando a su cómplice con la mirada, repuso:

—Toma tú el mando y encárgate de todo. Yo vuelvo a la motora.

Hubo una, larga pausa, durante la cual los tres «gangsters» contemplaron indecisos a Tiller. Uno de ellos intervino conciliador:

—Dejaos de peleas. Lo importante es que todo salga bien y podamos salvar el pellejo.

El forajido que se había opuesto al sargento, separóse de éste para reducir al soldado de guardia y facilitar así el paso a sus amigos. Tardó escasos minutos en reunírseles de nuevo.

—Hecho.

—Sigamos.

Los cuatro hombres llegaron a una alambrada. Junto a una puerta de hierro yacía un soldado. John inclinóse sobre él, comprobando que vivía.

—Si nos cogen es absurdo responder de unos crímenes innecesarios.

No obtuvo respuesta. Tiller dióse cuenta de que sus cómplices reprobaban su actitud. Seres crueles, gozaban con el mal.

Ocultos en una roca inmediata a la cerca metálica, los saboteadores esperaron, por consejo de John, a que una nube ocultara la luna. Apenas sucedió franquearon la entrada, avanzando rápidamente por los muelles del Arsenal, repletos de fardos y cajas de madera con víveres y pertrechos de guerra. Unos pasos monótonos les hicieron detenerse. Tiller miró a los que le acompañaban, y uno de ellos alejóse para suprimir el nuevo obstáculo.

Antes de alcanzar dos naves en las que se almacenaban los aparatos de precisión de los ejércitos de tierra, mar y aire, los cuatro hombres hubieron de desembarazarse de tres centinelas más.

—Guardadme la espalda.

—¿Vamos contigo?

—No. Distribuíos de forma que ningún soldado pueda sorprenderme. Llevo gánzuas y todo será cuestión de unos minutos.

Ninguno de los «gangsters» insistió. No, era agradable permanecer junto al que portaba explosivos suficientes para hundir un acorazado.

Tiller apartóse de los forajidos y con sonrisa satisfecha, se dispuso a cumplir las instrucciones recibidas de William Vance. Durante cerca de un cuarto de hora, manipuló en las mochilas, regresando al fin junto a los que le aguardaban.

—¡Corramos! —les dijo—. Disponemos de treinta segundos.

Los saboteadores no se hicieron repetir la orden, y prescindiendo de precauciones, dirigiéronse a la ensenada donde les aguardaba la gasolinera. Al llegar a la cerca de alambres, una explosión les ensordeció, y el suelo, convulsionándose, les hizo vacilar sobre las piernas, mientras un gigantesco resplandor les deslumbraba.

Al montar en la gasolinera, el clamor de una sirena hizo comprender a los «gangsters» que el mayor peligro comenzaba entonces. Dentro de poco, las fuerzas del ejército iniciarían la

persecución.

Bordeando la costa a toda marcha, la motora, guiada por Tiller, partió rumbo al refugio previsto. El silencio de la noche llevaba a los oídos de los fugitivos ruido de disparos y silbatos de órdenes.

—Cuanto más jaleo formen, mejor para nosotros.

Las palabras de John no obtuvieron respuesta. Sus cómplices le miraban con mal disimulada inquietud.

—¿Está lejos ese escondite?

—A dos millas. Creo que nos darán tiempo a llegar a él.

Tiller no se equivocaba. Poco más tarde, los cinco hombres, sentados en el interior de una caverna, con la motora oculta entre un dédalo de rocas, suspiraron con alivio.

—Esperaremos a que cese la alarma para dirigirnos por tierra a la inmediata carretera, y volver a San Francisco en el automóvil oculto en el bosque. Podéis fumar, muchachos.

En todos los rostros se reflejó la satisfacción, no por el «deber» cumplido, sino porque aquel sabotaje, aquel acto reprobable y criminal, les reportaba un dinero que podrían invertir en sus torcidas inclinaciones, en sus vicios...

CAPÍTULO X

COMIENZA LA REDADA

Al entrar en el salón del teatro chino, ocupado por orientales y algunos turistas que, en torno a pequeñas mesas tomaban café y licores, el inspector del Servicio Secreto, con la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana, dirigióse al dueño del establecimiento, quien, solícito, al reconocer a Tiller por el uniforme, apresurábase a acercarse.

—¿Hoy no hubo función? —inquirió Howland.

—No, señor —repuso el aludido, con una servil reverencia—. Esperaré a que mis habituales clientes se olviden de lo ocurrido. Además, la muerte de Liu Po Cheng priva a mi compañía de un primer actor difícil de reemplazar. Mientras tanto, convierto el teatro en taberna.

—¿Nada más que en taberna?

El propietario del local, estremeciéndose ante la inquisitiva mirada de Gerald, contestó:

—Nada más, señor.

El miembro de la

«O. S. S.»

hizo una estudiada pausa antes de exclamar:

—¡Eres un embustero! Deseo hablar con Vance, y tú vas a llevarme a su escondite. Mis agentes no fueron capaces de descubrirle. Te estoy apuntando con un revólver a través de la tela de la americana. ¡Haz lo que te digo o...!

La amenaza era tan evidente que el rostro del chino tornóse pálido.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Es inútil que finjas. Mi amigo y yo venimos dispuestos a

encontrar al que ocultas.

El diálogo, sostenido en voz baja en uno de los laterales del amplio salón, no despertó sospechas en los camareros ni en los clientes, quienes creyeron que el chino informaba a los americanos de algún lugar interesante de Rancho Rincón de las Salinas o intentaba convencerles para que ocupasen cualquiera de las habitaciones superiores, destinadas a fumadero de opio.

Howland y Tiller, con gesto severo, miraron una vez más a su interlocutor. El del Servicio Secreto le aconsejó:

—No hagas señas a ninguno de tus hombres o te pesará. La primera víctima serás tú. Puedo detenerte.

—La ley me ampara.

—No lo creas. Aunque así fuera, la ley somos nosotros. Intercederé cerca de las autoridades para que no te consideren cómplice de William Vance.

El interpelado dudó unos momentos. Andrew, que le observaba, dióse cuenta de que la promesa de su compañero surtía más efecto que las anteriores amenazas.

—Nada te ocurrirá si nos ayudas. ¿No es cierto, Gerald?

El inspector, comprendiendo el propósito de Andrew, apresuróse a responder:

—Desde luego. Sé que en «Chinatown» existe un código: el del hampa. Es hora de que sepas que no perseguimos a Vance por delitos comunes, y sí para obligarle a cesar en actividades de espionaje. Si demuestras que has favorecido sus planes, no me será difícil conducirte ante el pelotón de ejecución. Los tribunales militares no son fáciles de corromper ni tolerantes con los que ponen en peligro la seguridad de la patria. No concibo que un chino ampare a los que luchan por el triunfo de los japoneses.

El dueño del establecimiento, que había escuchado con atención a Howland, requirió:

—Repita eso, por favor.

—William Vance está a las órdenes de los nipones. ¿Lo ignorabas?

El asiático no contestó directamente a la pregunta, limitándose a invitar a Gerald y Andrew:

—¿Quieren pasar?

—Lo preferimos. ¿No intentarás sembrar la alarma?

—Síganme.

Los dos hombres obedecieron, y atravesando la sala destinada al público y un corto pasillo, penetraron en un amplio despacho. El propietario del local, cerrando la puerta tras de sí, dijo:

—Siéntense. ¿Fuman?

—No, gracias —repuso el inspector.

Tiller tampoco aceptó, temeroso de que los cigarrillos que aquel hombre les ofrecía contuvieran algún narcótico. Acomodáronse en un confortable diván, de espaldas a una gran mesa de trabajo en la que se amontonaban carpetas y papeles. El oriental lo hizo en uno de los butacones.

—Vamos a suponer que yo conozco a William Vance y puedo conducirles hasta él. ¿Cómo demostrarían que lo que afirman con respecto al espionaje es cierto?

—Sencillamente —contestó Howland—. Mis credenciales fueron expedidas por la «Office of Strategical Services». No creo que ignore la misión del organismo a que pertenezco. Para resolver los asuntos criminales en general y los fraudes a las leyes federales, existe la policía Metropolitana y el

F. B. I.

Este último interviene en casos semejantes al que nos ocupa ahora e independientemente de la

«O. S. S.»,

investiga también las actividades políticas de Vance. Somos sus más peligrosos enemigos. China y Japón... ¿Para qué hacer historia? Si ellos vencen en esta guerra, pretenderán dominar el mundo, y en particular, Asia. William acostumbra a vender sus servicios al que mejor le paga. ¿Qué respondes?

La faz del oriental se endureció.

—Los nipones mataron a mis padres y a mi esposa e hijos, obligándome a huir a los Estados Unidos. ¿Me garantizan la libertad?

—Sí —replicó vivamente Gerald—. Te doy mi palabra.

—Bien. Seré sincero. Vance y los miembros de su «gang» residen en varias habitaciones del sótano de mi casa, ocultas por un ingenioso dispositivo secreto. Sus hombres golpearon las paredes sin encontrar la entrada. Es éste un momento ideal para detenerle. Cinco de sus «gangsters» salieron hace unos minutos.

—¿Cuántos le acompañan?

—Dos hombres. William es un «big shot»[5] muy peligroso. No le hubiese delatado por dinero o amenazas. Lo hago por odio al Japón. Vengan conmigo.

—Espera aún —dijo Howland—. ¿Está dentro el que en ausencia de Liu Po Cheng le reemplazó la otra noche?

—No. Ha salido con los demás muchachos.

—¿Por dónde? La casa está vigilada y...

La sonrisa del oriental hizo conocer al del Servicio Secreto la existencia de un pasadizo secreto que tal vez condujera a centenares de yardas del teatro chino.

—Olvidaré cuánto vea si capturo a Vance.

—En ello confío.

El propietario del establecimiento aproximóse al gran mueble librería, oprimiendo uno de los salientes inferiores. Ante los ojos admirados de Gerald y Andrew, el armario giró despacio hasta permitir el paso de un hombre por un hueco que comunicaba con un pasillo. Al ir a penetrar en él, Howland volvióse al chino:

—¿No será una trampa?

—Iré yo delante.

El corredor, en leve declive, les condujo a una estancia en la que se amontonaban muebles diversos y en la que había dos puertas. El asiático, señalándoles una, exclamó:

—¡Ahí están! No les será difícil sorprenderles, si entran en tromba con los revólveres empuñados.

—¿No vienes con nosotros?

—No quiero exponerme a la venganza de ese hombre. Le secundan los mejores pistoleros de «Chinatown». Es imposible enfrentarse a ellos.

—Nosotros lo haremos.

El diálogo, en voz baja, tenía una dramática significación para Tiller y Howland, en cuyas venas acelerábase la sangre no por el miedo a la muerte, sino porque William se hallaba al alcance de sus manos.

—Es necesario que le apresemos vivo, Andrew. Yo me ocuparé de él. Encárgate tú de los dos «gangsters» y no vaciles en matar si intentan defenderse. ¿Entendido?

—Sí. Cuando quieras.

Pistola en mano, el comandante y el miembro del Servicio Secreto, olvidándose del dueño del teatro chino, que les contemplaba impasible, aproximáronse a la puerta, y haciendo girar el picaporte, saltaron al interior de una habitación, mezcla de «*living room*» y dormitorio. William se incorporó sobresaltado, y con extraordinaria rapidez, llevó su diestra a la funda axilar de la que pendía un revólver de grueso calibre. Gerald, que esperaba tal reacción, abalanzóse sobre él, pegándole en el rostro con la culata de su automática. El golpe fue duro, y Vance retrocedió unos pasos, pugnando por conservar el equilibrio, al tiempo que gritaba a los «gangsters», amenazados por el arma de Tiller:

—¡A ellos, muchachos!

Su orden no fue obedecida. Andrew, al darse cuenta de que los que mantenía a raya dudaban entre el temor y el deseo de eliminarle, dijo secamente:

—¡Al que se mueva le mato!

El dedo índice curvado en torno al gatillo y la decisión de sus palabras, obtuvieron éxito. Los malhechores, inmóviles, diéronse cuenta de que la resistencia era suicida.

—¡Volveos de espalda! ¡Pronto o...!

Los «gangsters» hicieron lo que el comandante les indicaba para recibir un fuerte golpe en la cabeza que les privó del sentido. Libre de enemigos, Andrew volvióse a su camarada y a William, que luchaban encarnizadamente en el suelo, propinándose feroces puñetazos. Acercándose a ellos, aguardó una oportunidad para sujetar en el aire una de las muñecas del «boss» y retorciéndosela, contribuir a su definitiva captura, lo que ya no resultó difícil.

—¡Bravo, Tiller!

Un «clic» metálico indicó que Vance acababa de ser esposado. El jefe de «gangsters», mirando con odio a sus enemigos, masculló:

—¡John me precederá en el patíbulo!

—Él no salvará tu vida —repuso, secamente, Andrew—. ¡Nadie burla a la ley! Mi hermano no lo conseguirá tampoco.

—¡Maldito!

William tensó los brazos, en un inútil esfuerzo, no consiguiendo otra cosa que hundir el acero de los grilletes en su carne.

—¿Fue aquí dónde te trajo el chofer al que asesinaste? Él habló antes de morir. Supimos que la herida no era de importancia, un

balazo de sedal. ¿Atentaste contra nosotros a la salida del domicilio de Yakumo, hace dos horas, y desde el fumadero de opio después de matar a Janet Snowdon?

—Sí —contestó Vance—. ¡Nunca me perdonaré haber fallado la puntería!

—Ya es tarde para lamentaciones. Lo que interesa es aniquilar la organización de espionaje japonés a la que perteneces. Nada importa tanto como eso. ¿Qué sabes?

—No diré nada.

—Peor para ti. Ve a avisar a los muchachos que vigilan el edificio, Andrew. Diles que entren. Deben hacerse cargo de William y estos dos, conduciéndoles a la jefatura de la

«O. S. S.».

Tú les acompañarás.

—¡Me quedo contigo! No perdamos el tiempo en discusiones. Mi hermano no me importa tanto como mi mujer y mi hijo. ¿Qué hiciste con ellos, Vance?

El aludido miró con sorpresa al militar.

—No sé a qué te refieres.

—¡No finjas! ¡Soy capaz de arrancarte el pellejo para que me digas dónde llevaste a Elena después del secuestro!

—¿Qué secuestro? ¿Quién es Elena?

El asombro de William era grande y, al parecer, sincero. Tiller, desconcertado, no quiso insistir, saliendo de la estancia para cumplir las instrucciones recibidas del inspector. Al regresar, los dos «gangsters» habían recobrado el conocimiento, y estaban bajo la amenaza de la automática de Howland.

Quince minutos después, libres de Vance y sus secuaces, sabiendo acordonado el edificio por agentes de la

«O. S. S.»

y del

F. B. I.

Gerald penetró en el despacho del dueño del teatro chino para decirle:

—Cumpliste tu palabra. No te pesará. ¿Sabes cuándo vendrán los restantes miembros del «gang»?

—No. Me limitaba a ocultar a William y a sus hombres, un poco por temor y un mucho por el dinero que percibía. He oído la

conversación. John Tiller, después del tiroteo, se reunió con ellos en el sótano. El propio Vance disparó la ametralladora. El sótano, en el que a veces guardo artículos prohibidos, comunica con las cloacas de «Chinatown». Por ellas entrarán los que faltan. Venid conmigo. Os diré dónde habéis de situaros. Él no negó pertenecer al espionaje japonés.

—Tenemos la evidencia.

El oriental les condujo a la bodega, contigua a la habitación ocupada por William, mostrándoles una tapa metálica.

—Son cinco. ¿Vais a apresarlos sin ayuda?

—No. De un momento a otro vendrán dos agentes más. Les he dicho que pregunten por ti. Guíalos.

—Lo haré.

Alejóse el asiático, y Tiller y Howland quedaron solos en el sótano, iluminado por bombillas de escaso voltaje. Las paredes estaban revestidas de cemento, así como el suelo.

—Vance no sabe nada de tu mujer, Andrew. Igual que confesó lo del chofer y los atentados, lo habría hecho con relación al secuestro para ampararse en Elena y el niño.

—En eso estaba pensando. Tal vez actuaron directamente los japoneses, sin valerse de él.

—Es posible.

Gerald encendió un cigarrillo, no sin ofrecer antes a su amigo, cuyo rostro se ensombrecía por segundos.

—Vete, Tiller —le dijo—. John...

—No insistas —le interrumpió el comandante—. No se trata de mi hermano sino de... ¡Ahí llegan tus hombres!

Una vez que el dueño del local se hubo marchado, Howland presentó a sus camaradas. El tiempo fue transcurriendo con angustiosa lentitud. Gerald rompió el silencio para preguntar a los agentes a sus órdenes:

—¿El cerco es completo?

—Sí, inspector.

—Bien. Nos ocultaremos detrás de los barriles hasta que hayan salido de la cloaca y echen la tapa. Sólo entonces actuaremos. A ser posible conviene capturarles vivos. Ello no significa que nos arriesguemos en exceso. ¿Comprendido?

Apenas formulada la pregunta, el suelo estremeciéndose levemente

y todos percibieron una explosión, amortiguada por la distancia.

—¿Un nuevo sabotaje? —inquirió Tiller.

—Quizá —repuso Howland—. Lo sabremos más tarde. Tal vez los que esperamos puedan aclararnos ese interrogante.

Dos horas más tarde, los cuatro hombres empezaron a mostrarse inquietos. Gerald, al ver que Tiller sacaba una vez más el paquete de cigarrillos, dijo:

—No conviene que sigamos fumando. Llenaremos de humo la bodega y quizá sospechen.

La advertencia era sensata. A partir de entonces, sin el sedante del tabaco, los minutos parecieron agigantarse. A las tres y media de la madrugada, se les reunió el dueño del teatro chino.

—Voy a cerrar. Todos los clientes se han marchado ya.

—Hágalo. Por nuestra parte, no hay inconveniente.

—Permaneceré en el despacho. Si me necesitan, avísenme.

—Gracias.

Salió el oriental. Tiller sugirió:

—¿Y si él les hubiese prevenido?

—No —opuso Howland—. Le conviene que exterminemos a la organización de Vance para impedir que ninguno de sus miembros pueda vengarse.

De nuevo el silencio imperó en el sótano. Andrew pensaba en Elena y su hijo. ¿Vivirían? ¿Y si les hubiesen matado? Un velo rojizo cubrió sus ojos, amenazando enloquecerle.

—Parece que... —previno uno de los agentes, aplicando el oído izquierdo a la tapa de la cloaca—. Sí, se oyen pasos y rumor de voces.

—¡Atrás todos! ¡Que nadie desobedezca mis órdenes!

Los hombres, tensos los nervios, apresuráronse a ocultarse mientras empuñaban las armas con ansiedad. Los pulsos marcaban el ritmo de los segundos.

Al fin, con un ruido seco, abrióse la pieza metálica de la alcantarilla, y cinco individuos ascendieron por la escalera que comunicaba la casa con las conducciones subterráneas de la ciudad.

—William se alegrará de sabernos a salvo —dijo John, último en salir a la superficie—. Quizá se escuchó desde aquí la explosión.

—Sí, nosotros la oímos. ¡No se mueva nadie!

Howland, aprovechando el breve confusionismo que sus

palabras produjeron a los «gangsters», golpeó a tres de ellos en la nuca con su revólver, mientras Tiller y los dos agentes cubrían con sus armas a los restantes. El ataque por sorpresa obtuvo el éxito deseado.

—Hola, hermano. Tenía ganas de verte. No te imaginaba persiguiendo criminales.

—Hola, John —repuso Andrew, con tristeza—. Todo llega a su término.

—Por fortuna —fue el enigmático comentario—. Aseguraos bien. Mis Compañeros son asesinos de gran experiencia.

—¿Usted, no? —inquirió Gerald, con dureza.

—De eso hablaremos más tarde. ¡Guárdese las esposas! No las necesito. ¿Quieres ver a Elena y al niño?

Relampaguearon los ojos del comandante.

—¿Vas a pedirme tu libertad a cambio de...?

El menor de los Tiller lanzó una sonora carcajada.

—¡No dramatiques! Llevé a los tuyos al domicilio de Tatsuta Yakumo para protegerles de los dirigentes del espionaje japonés que insinuaron la conveniencia de apoderarse de ellos y exigir tu colaboración.

—William Vance nada sabía.

—Él no es otra cosa que el jefe de un grupo de «gangsters», y ejecuta los trabajos que se le encomiendan. Estos hombres —señaló a los que le miraban con odio— son simples delincuentes que nada tienen que ver con el Servicio Secreto enemigo.

—¿Tú, sí?

—Ya lo sabrás. Acompañadme a casa de Tatsuta.

Gerald y Andrew, desconcertados por la desenvoltura de John, por su absoluta falta de preocupaciones con respecto a su futuro, se interpusieron en el camino del sargento, que se dirigía hacia el corredor que comunicaba con el despacho del propietario del local.

—Espere —ordenó Howland—. ¿De dónde vienen?

—De volar las naves de aparatos de precisión del Arsenal. No frunzas el ceño, hermano. Coloqué las bombas en una gran explanada para que causaran los menores destrozos. No hubo víctimas entre los centinelas.

Los «gangsters», a los que los dos agentes de la
«O. S. S.»

habían terminado de poner las esposas, prorrumpieron en maldiciones contra John, quien, volviéndoles la espalda, encaróse con Andrew:

—¿Es posible que seas tan necio como para suponerme culpable? Yo dirigiré el interrogatorio de Vance. El saber que pertenezco con el grado de inspector al Servicio Secreto norteamericano, le desconcertará. Poseo los datos suficientes para exterminar a los que tanto preocupan al Estado Mayor. ¿Vamos o no a casa de Tatsuta?

Gerald, al ver la alegría que se reflejaba en el rostro del comandante, repuso:

—Cuando quiera. Si es una estratagema, no le aconsejo que pretenda escapar. Dispararé pese a la amistad que me une con su hermano. ¡Deme su revólver!

John, encogiéndose de hombros, entregó el arma a Howland, el cual, guardándola en uno de sus bolsillos, despidióse de sus hombres, ordenándoles que condujeran a los detenidos a la jefatura de la

«O. S. S.».

—Salga primero —indicó a John.

El sargento, con una sonrisa, accedió:

—No le reprocho su actitud. Hace bien en no confiarse. No llevo encima las credenciales extendidas por el almirante Donovan para no correr estúpidos riesgos. Telefonee a Washington desde casa de Tatsuta, y él le confirmará mis palabras.

Ya en el coche oficial del inspector, los dos hermanos se sonrieron, vencida la tensión originada por el encuentro. Gerald, al volante, dijo a Andrew:

—Tú me respondes de él.

—No te preocupes. He sido un necio al dudar de John. ¡Él es incapaz de una cobardía! ¿Por qué no te confiaste a mí, muchacho? He pasado unas semanas horribles. Papá ha envejecido diez años. Se resiste a admitir tu culpabilidad. ¿Llamaste a Elena por teléfono?

—Lo hice para adelantarme a los que desde «Chinatown» dirigen el espionaje enemigo. ¡Eran sus próximas víctimas!

Howland, sin volver la mirada, interrogó a John:

—¿Cómo pudo burlar la vigilancia establecida en torno a Yakumo?

—Se olvidaron de las cloacas. Un error que no debe repetirse en futuras investigaciones. Apéese usted, inspector. Temo que sus hombres se pongan nerviosos al verme, y comiencen a tiros. ¡Me han creado tal aureola de traidor, que casi me enorgullezco de ella!

El tono de voz de John era sarcástico, con un matiz de ironía que a Gerald le desagradó, pero que a Andrew le llenaba de alegría.

Los tres hombres descendieron del automóvil, y el menor de los Tiller pulso el timbre de la puerta de entrada.

—Quizá tarden en abrirnos —dijo el comandante—. No son horas de visita.

—No te preocupes. Ni Tatsuta ni Verónica duermen.

—¿Cómo lo sabes? ¿Son culpables?

John, sin contestar a su hermano, insistió en la llamada por tres veces consecutivas, con intervalos de treinta segundos cronometrados en su reloj de pulsera Andrew y Howland le miraban con diversas expresiones. El inspector del Servicio Secreto, con desconfianza. El militar, con curiosidad.

—¿Me das un cigarrillo? Agoté los míos en una cueva de la costa, en espera de que los del Arsenal dejaran de buscarnos. Les obsequié con unos bonitos fuegos artificiales. Dentro de un minuto se abrirá la puerta. Utilizo una clave que los de dentro conocen.

Andrew le entregó un «Philip Morris», que John se dispuso a encender sin apresurarse. La llama del mechero, al iluminar directamente su rostro, hizo ver a Gerald unas facciones endurecidas, plenas de vitalidad y fuerza, que se suavizaron al escuchar el leve ruido de un cerrojo. En el umbral de la casa, con fría sonrisa, erguido, apareció Tatsuta Yakumo.

—Me conmueven los lazos familiares. ¿Quieren pasar?

El japonés, ataviado con un traje oscuro de corte europeo, sin aguardar respuesta, volvió la espalda a los que llegaban, y cruzando el vestíbulo, se dirigió a la biblioteca a través del pasillo. Sus piernas eran firmes, y en sus movimientos adivinábase una fortaleza poco común, en contraste con el enfermo que Tiller y Howland conocían.

El miembro de la

«O. S. S.»,

con la pistola empuñada en el interior de uno de los bolsillos laterales de su americana, comenzó a adivinar una verdad que le

llenaba de gozo. Sus sospechas encontraron elocuente confirmación en los labios del que hasta entonces todos consideraban un traidor. John Tiller, acomodado en el diván, a la izquierda de Verónica, declaró:

—Tatsuta es hijo de japoneses, pero nació en los Estados Unidos, por lo que defiende a su patria desde un puesto honroso: el de comisario de la «Office of Strategic Services», adscrito a la Sección de Investigaciones Asiáticas. La que se hace pasar por su hija es una de nuestras más valerosas agentes. El verdadero Tatsuta era un hombre retraído, a quién jamás vieron sus vecinos. Éste es su domicilio. Él y sus criados se hallan en...

—Lo sabemos —intervino Gerald—. Hice indagaciones en tal sentido, telegrafando a la Jefatura de campos de prisioneros. Le vigilaba sin detenerle para que nos condujera a los jefes del Servicio Secreto enemigo.

—Todos los datos obran en nuestro poder. Junto a William Vance conocí al enlace que transmitía las órdenes, y por él, llegamos a los jefes superiores. Tatsuta... —Creo que ya es hora de que le llamemos por su verdadero nombre, Tomoyo Kanakita— y Verónica fueron designados por el Alto Estado Mayor para realizar, con mi ayuda, la difícil tarea de exterminar el espionaje japonés. La misión que dentro de unas horas va a culminar con éxito, era tan secreta que nadie, excepto nosotros y el almirante Donovan, conocía la verdad. Ingresé en el

«O. S. S.»

en mi primer año de Academia Militar. No aprobé los exámenes de oficial por consagrar mi tiempo al estudio de textos relacionados con el Servicio Secreto, previa la anuencia del director, quien recibió órdenes para favorecer mi trabajo.

Andrew Tiller, que escuchaba atentamente a su hermano, le preguntó:

—¿Por qué tantas complicaciones? Bastaba que hubieras abandonado la Academia.

—Te equivocas. La

«O. S. S.»

tiene agentes en todos los centros oficiales y yo fui el encargado de vigilar vuestra promoción. De lo dicho se deduce que no establecí contacto con profesores ni alumnos de la «Office of Strategic

Services», por lo que era el hombre ideal para realizar una misión secreta. Las relaciones diplomáticas entre el gobierno japonés y el norteamericano y la guerra que asolaba Europa, hicieran prever a Donovan que tarde o temprano se romperían las hostilidades entre los dos países. Yo fui designado para comenzar mis investigaciones apenas esto sucediera. Necesitaba ponerme en contacto con los grupos de acción enemigos, y comencé a frecuentar el trato de algunos de los hombres de William Vance, que operaban entonces en Washington con el propósito de apoderarse de planos y documentos de la Casa Blanca y el Departamento de Defensa. Simulando embriagarme, referí la historia a que hice referencia en el campamento. Hablé mal de mi padre y de mi hermano, mostrándome como un resentido y un envidioso. Lo demás vino solo. Vance tuvo una larga conversación conmigo, y yo me mostré dispuesto a colaborar con él por odio a mi familia. Creyendo que sería vigilado por el Servicio Secreto japonés, comencé a ser en casa igual que me imaginaban mis nuevos camaradas. Mi aprendizaje del idioma de los que hoy son nuestros adversarios, no fue un capricho, sino una imposición de la

«O. S. S.».

John hizo una pausa antes de proseguir:

—¡A qué prolongar la historia con más detalles! En el campamento de Belmont continué mi farsa, por temor a que cualquiera de los oficiales o soldados actuase a sueldo del enemigo. Mi revólver estaba cargado con cartuchos de fogueo. El acuerdo con Vance era el de que no me delatase, pero él, haciéndolo, favoreció mis planes. No quiso correr riesgos, y me introdujo de lleno en su organización. Los muertos y heridos lo fueron a mi pesar. Janet Snowdon actuaba de enlace, y la apuñalaron cuando, por orden mía, iba a preveniros de un peligro. Escribí el mensaje en un programa de mano del teatro chino para centrar allí vuestras investigaciones por ser el refugio de William Vance. Con idéntico propósito hice que encontrarais mi estilográfica, y envié los avisos denunciándome a mí mismo como primer actor del teatro chino. Verónica no pasaba casualmente con su coche por las inmediaciones de Fourth Street cuando se produjo el tiroteo con William Vance, sino que le vigilaba. El señor Howland la detuvo cuando ella se disponía a seguirle.

—¿Quién mató a Liu Po Cheng? Tus huellas aparecieron en las cuerdas que le ataron, y encontramos un botón de uniforme militar, posiblemente del tuyo.

John, con una sonrisa a la curiosidad de su hermano, respondió:

—Ese chino descubrió casualmente nuestro escondite al ir a pedir un anticipo al dueño del teatro, y quiso hacer a Vance objeto de un chantaje, suponiendo que se ocultaba por algún grave delito. William me mandó ir a su casa y reducirle a la impotencia hasta que él, avanzada la noche, fuese a convencerle de que sus pretensiones era absurda. Le obedecí. No me quedaba otro remedio. Al marcharme, tuve la sospecha de que Vance le mataría. La lucha entre el deber y el corazón fue dura, y como siempre, venció el primero. William le asesinó. Sin duda, para acumular pruebas contra mí, puso el botón de la guerrera en la mano de Liu Po Cheng. Yo substituí a éste en su actuación profesional. En el teatro chino sobran las palabras, y casi todo se realiza por símbolos. Algunas noches había visto la representación desde la orquesta. El dueño del establecimiento me aleccionó sobre el papel, dándome el manuscrito de la obra a fin de que lo estudiara. Al parecer, había invitado a gran número de personalidades de «Chinatown», y no quería suspender el espectáculo. Vance, que no deseaba enemistarse con él, accedió a la suplencia, y me presentaron a los demás miembros de la compañía. Te envié un mensaje para centrar más tu atención y la de Howland en el teatro chino, utilizando a Verónica.

—¿Quién disparó contra ella en el jardín?

—Lo ignoro. Tal vez un miembro del espionaje enemigo que sospechaba su doble personalidad. A estas horas, camaradas nuestros en la

«O. S. S.»

están procediendo a la captura de todos los miembros del espionaje japonés. Verónica, con el pretexto de ir a comprar drogas para su padre, frecuentaba el fumadero desde el que os dispararon la noche en que murió Janet Snowdon.

—Ahora comprendo el verdadero significado de las palabras pronunciadas por el almirante Donovan al despedirse de mí en el campamento de Belmont: «No se angustie por lo de su hermano». Todo fue preparado y previsto por él.

—¿Tomará un «cocktail» de arsénico? —inquirió Verónica.

—No —respondió el comandante—. No quiero demorar ni un segundo el reunirme con mi esposa. ¿Cuál es su habitación?

—No es necesario que me busques, Andrew. Te sentí llegar y lo he escuchado todo desde el pasillo para no interrumpiros.

—¡Elena!

El matrimonio se abrazó estrechamente, ajeno a lo que no fuera el gozo de saberse a salvo. John, acariciando una mano de Verónica, dijo:

—Terminó la misión secreta. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Puedes dudarlo?

Andrew, separándose de Elena, previno a su hermano, en tono jocoso:

—Cuida de que no invente una nueva historia de su pasado en unión de Tatsuta Yakumo. Perdona, señor Kanakita. Para mí nunca se llamará usted de otro modo. ¿Se molestará si afirmo que es un perfecto comediante?

Todos rieron al oír las palabras de Tiller, y Verónica se dispuso a servir bebidas ayudada por John, que no cesaba de mirarla cariñosamente.

FIN

¡DE LOS ANTROS DE PARIS SURGIO UN NOMBRE QUE SE HIZO TRISTEMENTE CELEBRE:



Bibi Fortune, "el rey de los narcóticos"!

¿Qué clase de individuo se ocultaba bajo ese nombre, pronunciado con pánico por los ciudadanos honrados y con rencor y coraje por toda la Sureté parisina?

Fué preciso que el Comisario Paradis enviara a uno de sus mejores sabuesos, un hombre de la "jungla de asfalto" acostumbrado a luchar con los más feroces *gangs* integrados en Europa después de la guerra... un hombre que recibió una sola orden: **tirar a matar.**

LA CONSIGNA ES: MATAR

es el título de esta estremecedora novela, de relampagueante acción e intensidad, escrita por uno de los mejores autores policíacos:

Tony M. Tower

LA CONSIGNA ES: MATAR

¡le hará vivir a usted, amigo lector, unas horas de emoción inolvidable!

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡se la ofrecerá en su próximo número!

NOTAS

[1] Del libro «El *Bushido*», original de Inazo Nitobe. < <

[2] «Usted ha visto o usted se ha dignado posar su mirada». (En japonés en el original). < <

[3] Antiguo nombre del Japón. < <

[4] Policías de uniforme (argot). < <

[5] Tirador de primera clase, hombre muy hábil en el manejo de las armas de fuego. < <

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 406 - M.^a Nieves Grajales
 ■ LA INHUMANA
 Núm. 407 - Matilde Redón
 ○ CAUTIVA DE SU PECADO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 246 - Adela Gola
 ■ PASION REBELDE
 Núm. 247 - Corín Tellado
 ○ NOCHE DE BODAS
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 85 - Agatha Mar
 ■ NO ERES COMO LAS OTRAS
 Núm. 86 - Carlos de Santander
 ○ ETERNAMENTE FELICES
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 347 - A. Ralcest
 ■ EVADIDO DE LA HORCA
 Núm. 348 - Chas Logan
 ○ GAVILANES PLATEADOS
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 211 - Alar Benet
 ■ MISION SECRETA
 Núm. 212 - Tony M. Tower
 ○ LA CONSIGNA ES MATAR
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPÉROLA

- Núm. 302 - Corín Tellado
 ■ EL PASADO NO ES NUESTRO
 Núm. 303 - Jesús Navarro
 ○ SU GUERRA PRIVADA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 132 - Carmen Martíel
 ■ DESILUSION
 Núm. 133 - Carlota
 ○ ENCONTRE MI PARAISO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 21 - LAS MEJORES POESIAS AMOROSAS DE LA LENGUA ESPANOLA.
 ○ Núm. 22 - POESIA CUBANA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 44 - Chas Logan
 ■ CORBATIN DE CAÑAMO
 Núm. 45 - Tex Taylor
 ○ SANGRE SOBRE LA HIERBA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 26 - María Lar
 ■ LA DICHA IMAGINADA
 Núm. 27 - M. Pilar Carré
 ○ LOS HOMBRES VUELVEN SIEMPRE
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 15 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

